

LA FE DE LA VIRGEN MARÍA

Introducción

El Papa Benedicto XVI nos invita a
rejuvenecer, a celebrar y a difundir nuestra fe.
Estas páginas quisieran ayudar a descubrir
la fe de María, Madre de nuestro Señor Jesús.

Viviremos junto a una persona
que lo dio todo por su hijo.
Es una fe que es amor y pasión
fidelidad y misión
canto, gozo y adoración.

Caminaremos junto a la Madre
en días de luz
y de noches sin estrellas.

Ella nos enseñará a ser
“Servidores de la Palabra”
y “Discípulos de la Palabra”
en un ambiente maternal:
que es el amor más hermoso
que podemos sentir.

María nos deja un secreto:
la fe, la oración, la luz y la fidelidad
nacen en el santuario del corazón.

Índice

1-El Año la fe	p. 5
2-Jesús en el centro de nuestra fe	p. 6
3-Una vida en la fe	p. 7
4-La identidad de María	p. 8
5-Entre luces y sombras, 1	p. 11
6-Entre luces y sombras, 2.	p. 12
7-Entre luces y sombras, 3.	p. 14
8-La fe de María y sus numerosos matices	p. 15
9-La fe de María y sus numerosos matices	p. 17
10-La fe de María y sus numerosos matices	p. 19
11-Caminar con los imprevistos de Dios, 1.	p. 20
12-Caminar con los imprevistos de Dios, 2.	p. 21
13-María la discípula	p. 23
14-Una fe de peregrina	p. 24
15-El Espíritu Santo y María	p. 27
16-Un sí entusiasta	p. 29
17-El camino de la acogida	p. 31
18-Toma contigo a María	p. 32
19-Padre de un hijo que no ha engendrado	p. 34
20-Gracias, José	p. 36
21-La primera misión cristiana	p. 38
22-El primer canto en honor de la Virgen	p. 39
23-El Magníficat	p. 41
24-El rostro de Dios en el Magníficat	p. 43
25-El rostro de María en el Magníficat	p. 44
26-Ella dio a la luz a su hijo primogénito, 1.	p. 46
27-Ella dio a la luz a su hijo primogénito, 2.	p. 48
28-Madre e hijo	p. 50
29-El corazón, hogar de la fe	p. 51
30-Una espada te traspasará el alma	p. 54
31-El grito de una mujer	p. 56
32- María vista por Juan	p. 58
33-La fiesta del amor	p. 59
34-He ahí a tu madre	p. 62
35-El don de la madre	p. 64
36-La fe de María en la Cruz	p. 66
37-Y desde aquella hora	p. 68
38-La fe de María en el evangelio de Juan	p. 70
1- El evangelio de Juan	p. 70
2- Características del evangelio de Juan	p. 71

3-La fe en el evangelio de Juan	p. 72
4-La fe camina de capítulo en capítulo	p. 73
5-La fe en una visión global del evangelio de Juan	p. 75
6-Los signos y el Signo	p. 76
7-María en los signos	p. 77
8-La fe en los signos	p. 78
9-Más signos	p. 81
39-La fe es una pasión	p. 83
38-María, la primera	p. 85
Conclusión	p. 86

1-El año de la fe

11 octubre 2012 – 24 noviembre 2013

Su Santidad, el Papa Benedicto XVI, invita a toda la Iglesia Católica y cada uno de sus miembros a vivir “un año de la fe”. La carta apostólica “Porta Fidei” del 11 de octubre de 2011, es el documento que promulga este año especial de la fe. Podemos preguntarnos entonces cuál es la intención del Papa y qué objetivos anhela alcanzar.

Queda claro que el Papa desea que “la fe” ocupe el centro de un año entero para que sea renovada, profundizada, esclarecida, vivida más conscientemente, iluminada, encontrada si fue perdida; que sea una realidad en nuestra vida cotidiana. El fiel debe alcanzar una “exacta conciencia de su fe, para reanimarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla.” (*Porta Fidei*, 4)

El Papa aprovecha la ocasión del cincuentenario de la apertura del Concilio Vaticano II, el 11 de octubre de 1962, y el vigésimo aniversario de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, para proponer este año de la fe, que comenzó el 11 de octubre de 2012 y terminará el 24 de noviembre de 2013, en la fiesta de Cristo Rey. En octubre de 2012 se celebró, en la ciudad de Roma, el Sínodo de los obispos sobre el tema de “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana.” (*Porta fidei*, 4)

¿Por qué el Papa ha tomado esta iniciativa? Porque estamos en un mundo que cambia rápidamente. Los avances en todas las ciencias son tan veloces y numerosos que las generaciones pierden contacto entre ellas y la fe deja de ser transmitida de padres a hijos. “Los contenidos esenciales de la fe... tienen necesidad de ser confirmados, comprendidos y profundizados de manera siempre nueva, con el fin de dar un testimonio coherente en condiciones históricas distintas a las del pasado.” (*Porta fidei*, 4 y 8)

Hoy en día, el contexto cultural mundial se construye sobre valores diferentes al de la fe. Priman la economía, las finanzas, la política, los logros de la ciencia y la tecnología, y el poder disfrutar la vida en el momento. “En efecto, la fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos.” (*Porta fidei*, 12)

Suele suceder que los medios de comunicación arremetan contra los valores cristianos aunque, lo más común, es que los olviden por ser valores que tienen poco impacto real en la vida cotidiana. Estamos inmersos en una cultura horizontal, donde se ignoran los

valores trascendentales, sin que por ello se desencadene un drama. Como consecuencia, la fe se debilita, no solamente en los fieles, sino también en los pastores. El Papa nos invita a descubrir de nuevo todo el valor, la fuerza y la belleza de la fe que asegura que el hombre es un ser eterno, llamado a vivir una vida plena, bella, santa, eterna. La fe es la esencia del sentido del hombre y del universo. (*Porta fidei*, 2 et 9).

2-Jesús, centro de la fe

El primer medio para robustecer nuestra fe es fortalecer nuestra unión con el Señor. Él es “la fuente y finalidad de nuestra fe” (Heb 12,2). El retorno a Cristo, es la esencia del mensaje del Papa que aparece de una página a otra como un leitmotiv. Benedicto XVI sostiene: “que este Año de la fe haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero” (*Porta fidei* 15). “Creer en Jesucristo es, por tanto, el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación.” (*Porta fidei*, 3)

Nuestra unión con el Señor se fortalece en la oración, en la meditación de la Palabra de Dios, en la liturgia vivida, en la eucaristía, en una vida comprometida a favor de sus hermanos y hermanas (“una fe si no está acompañada de las obras, está muerta” (St 2,14-18) (*Porta fidei*, 14), es en la mirada puesta sobre los modelos de fe, los santos, los mártires, y sobre todo sobre quien fuera llamada “bienaventurada” por su fe, la Madre del Señor. (*Porta fidei*, 13).

Pero la luz de la fe nos llega también a través del estudio, de la lectura de libros sobre la fe, de las conferencias, las sesiones y los retiros sobre la fe. El corazón debe abrirse para acoger al Señor, pero la inteligencia también debe esforzarse un poco: la fe es un tejido urdido por el afecto y la inteligencia. San Pedro nos invita a saber “dar razón de nuestra fe” (1P 3,15), a saber explicarla, comunicarla, difundirla por todos los medios que la tecnología moderna ha puesto en nuestras manos. La Iglesia siempre ha puesto al mismo nivel el mundo de la mística (el amor) y el mundo de la teología (pensamiento).

El Papa invita a toda la Iglesia y a cada uno de sus fieles, a emprender este camino del año de la fe: “Será una buena ocasión para introducir a todo el cuerpo eclesial en un tiempo de especial reflexión y redescubrimiento de la fe.” (*Porta fidei* 4)

Imitando el capítulo 11 de la carta a los Hebreos, que describe los modelos de la fe, el Papa dirige nuestra mirada hacia aquellos que son nuestros modelos en la fe, siendo el primero de ellos la Virgen María: “Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega...” (13) Siguiendo su ejemplo, fijaremos nuestra mirada en Jesucristo “Fijemos la mirada en el iniciador y consumidor de nuestra fe” (Hb 12,2). (*Porta fidei*, 13).

Las páginas que siguen desean ayudar a los fieles a caminar con la fe de la joven Madre del Salvador, para que, al seguir los pasos de María, redescubran su fe, la fortalezcan, la

purifiquen, la hagan activa, y por ende, totalmente centrada en el Señor. Así como María unificó su vida entera en la de Jesús, el hijo que le fue dado, también nosotros unificaremos la nuestra en torno a Cristo y lo anunciaremos a quienes nos rodean.

3-Una vida en la fe

Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. Lc 1,38). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él. (cf. Lc 1,46-55)

Con gozo y temblor dio a luz a su único hijo, manteniendo intacta su virginidad (cf. Lc 2,6-7).

Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (cf. Mt 2,13-15).

Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario (cf. Jn19,25-27).

Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cf. Lc 2,19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cf. Hch 1,14; 2,1-4). (Ac 1, 14; 2, 1-4). (Benedicto XVI, *Porte fidei*, 13).

Esta mirada del Papa recorre rápidamente la vida de la Virgen María y demuestra que ella es totalmente guiada por la fe. En la fe, María se entrega a su Hijo por completo; ella acepta poner al niño en el centro de su vida; siente una fe maternal. María sabe que una madre es también la primera educadora de los hijos. Educar implica inteligencia, tiempo, paciencia, dar al niño libertad. María desarrollará en sí un amor maternal responsable. Su respuesta a Gabriel expresa exactamente eso: “Yo soy la sierva del Señor!” (Lc 1,38).

Todo en ella será puesto al servicio de su Hijo. Y Jesús lo percibe; él sabe que es amado y esta es, incluso, su primera experiencia como hombre, ser amado. La verdadera fe llega siempre al amor, y el amor abre de par en par las puertas al completo crecimiento del niño. “El niño iba creciendo y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él” (Lc 2,40). “Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia, delante de Dios y de los hombres.” (Lc 2,52). En este crecimiento sano de Jesús se esconde una presencia maternal constante y discreta. María vive con José su responsabilidad de madre y educadora. Jesús, durante su infancia, gozó del amor materno y paterno que le proporcionó su gran equilibrio humano.

4-La identidad de María

Afirmar que el sacerdote es el hombre de Cristo y de la Iglesia es señalar los puntos de contacto, de convergencia con la Virgen María: ella está totalmente entregada a Jesús; posee vínculos muy particulares como madre y como miembro de la Iglesia.

1-María y Jesús

Es evidente que María solo entra en la historia de la salvación cuando se le hace la propuesta de ser la Madre del Mesías. A partir de la Anunciación y de son sí que la consagra al Hijo, María va a ocupar un lugar en toda la amplitud de la vida del Hijo hasta penetrar en el misterio de la Iglesia.

María solo adquiere significado por Jesús, por su misión maternal respecto a Jesús, maternidad que quiere decir amor, tiempo, inteligencia, educación, paciencia, sufrimiento...y que comprende toda la amplitud de la vida humana de Jesús (Juan: Caná y la Cruz) y no solo el periodo de la infancia.

2-María y la Iglesia

Aquí los vínculos no se imponen con la fuerza evidente de los lazos maternos con Jesús.

1-Es necesario esperar el momento del calvario, el momento de la donación de la madre a todos los discípulos del Señor, aunque de modo más palpable a alguien que será sacerdote en la Iglesia naciente...

2-Però considerando asimismo que la humanidad nueva proviene de Cristo, al llevar al Hijo en su seno, María llevaba de hecho a todo el pueblo de Dios que iba a nacer de su Hijo.

El 21 de noviembre de 1964, durante la misa de clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II, el papa Pablo VI declaró a la Virgen María « madre de toda la Iglesia »; es decir, de todo el pueblo cristiano, fieles y pastores, quienes la llaman « Madre amantísima » y decidió que “en adelante todo el pueblo cristiano añadiera aún en honor

de la Madre de Dios este nombre dulcísimo”. De hecho, esta decisión clausura el Concilio Vaticano II. Para Pablo VI constituye un gesto solemne que permite comprender cuánto valoraba esta verdad: María, Madre de la Iglesia. Esta decisión se relaciona con las palabras del Señor moribundo: “Mujer, he ahí a tu hijo... he aquí a tu madre”. El Señor, con su amor, nos abre las puertas de su familia, y nos da un Padre y una Madre comunes. Esto recuerda también lo que S. Pablo dice en los Gálatas,4 4-7: “En la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para liberar a los que estaban bajo la ley, para hacer de nosotros hijos”.

Prefacio: María, Madre de la Iglesia:

*(En realidad habría la opción entre tres prefacios,
todos ellos muy poéticos...)*

...

Para celebrar a la Virgen María,
nos dirigimos a ti con nuestras alabanzas.

*Al acoger tu palabra en un corazón inmaculado,
ella mereció concebirlo en su seno virginal.*

Al dar a luz a su Creador,
preparó los inicios de la Iglesia.

*Al recibir al pie de la cruz
el testamento de amor de su Hijo,
recibió como hijos a todos los hombres
a quienes la muerte de Cristo hizo nacer a la vida divina.*

Cuando los apóstoles esperaban al Espíritu prometido, unió su súplica
a la de los discípulos,
convirtiéndose así en modelo de Iglesia en oración.

*Elevada a la gloria del cielo,
acompaña y protege a la Iglesia con su amor maternal en su camino hacia la patria
hasta el día de la venida gloriosa del Señor...*

El prefacio de la fiesta de la Inmaculada dice que « María bendice los inicios de la Iglesia, esposa de Cristo, sin mancha ni arrugas, resplandeciente de belleza ».

3-La Iglesia contempla a María

Desde siempre, la Iglesia ha comprendido que María es la anticipación de ella misma, una realidad profética del pueblo de Dios; María es el espejo en el cual la Iglesia reencuentra su identidad:

- Al Sí de María debe seguir el sí de la Iglesia,
- A la misión de María, la misión de la Iglesia,
- A la maternidad de María, la maternidad de la Iglesia,
- A la pasión de María en el Calvario, la interminable pasión de la Iglesia: « ¡La Iglesia no ha abandonado nunca la túnica roja del martirio!» (Cardenal José Saraiva Martins).
- A la entrega total de María a Jesús, la entrega total de la Iglesia a su Señor.
- Como María alimentó a Jesús, así la Iglesia alimenta el Cuerpo de Cristo,
- Como María enseñó a caminar a Jesús, del mismo modo la Iglesia con sus fieles.

Si María no hubiera amado a Jesús
¿habríamos conocido el Amor?

Si no le hubiera expresado palabras de paz,
¿habríamos oído la Palabra de Dios?

Si no hubiera alimentado a su niño con su leche,
¿compartiríamos hoy el Pan de la Vida?

Si no hubiera apoyado los primeros pasos de Jesús,
¿caminaríamos hoy por el Camino de la Vida?

Y si no le hubiera enseñado la sabiduría humana,

¿habríamos sido iluminados por la Sabiduría de lo Alto?

El pastor Juan de Saussure, de Ginebra, ve así la relación María-Iglesia:

“Amamos en la Virgen la figura de la Iglesia, que nos diste por madre y de la que nos consideras hijos. Ella,(María), le da un rostro que lleve nuestra ternura. La personifica a nuestros ojos y concentra en él las características esenciales de sus rasgos... Como tu Iglesia, no era nada por sí misma; fue santa gracias a tu presencia en ella durante toda su vida. Como tu Iglesia, fueras donde fueras, estuvo cerca de Ti, de tu cuna a tu cruz, y ni los magos pudieron distraerla de la primera, ni los soldados alejarla de la segunda; sí, incluso cuando todos los que te habían conocido estaban distantes, ella estaba cerca de Tu Cruz...”
(Cuadernos de Evangelio, 18, p. 68, 1979)

Luego, hay la presencia recíproca de las dos madres: María-Iglesia en el cenáculo; María-Iglesia en el evangelio de Juan... Realidad que persiste hoy...La Iglesia es la que acoge a la Madre, como un tesoro, como a una madre.

5-Entre luces y sombras, 1

Podemos llegar a pensar: ‘Como María era Inmaculada, como tuvo esta extraordinaria Anunciación, como su Hijo era el Hijo de Dios, todo debía ser sencillo para ella, debía vivir una fe sosegada’.

Seamos sensibles al hecho de que María vive situaciones únicas sin referencia a modelos anteriores: “una maternidad especial, la naturaleza del hijo, despojado de su divinidad y ofreciendo sólo su humanidad...” María está investida del misterio de Dios, algo que la supera constantemente, que no puede llegar a comprender. Desde un aspecto humano, esto no resulta muy cómodo.

María no carecía de luz para creer. Se sentía guiada por lo que Gabriel le había dicho: “¡Nada es imposible para Dios!” (Lc.1, 37). Sí, la Anunciación había sido un día muy luminoso y los atributos del hijo habían sido desgranados en la claridad y en el corazón atento de la madre. María tenía la intuición de que Dios la amaba; era consciente de la presencia de Dios: “El Señor está contigo... el Espíritu Santo vendrá sobre ti...el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”. Palabras de gran significado que vigorizan el corazón de María y además, este hijo que se forma en ella, que le roba el corazón, que se convierte en el motor de su vida. Había oído el nombre del niño “Jesús”, del que la Carta a los Hebreos dirá que es: “el origen y la perfección de nuestra fe” (Hb.12, 2).

Pero Dios no actúa como un anestésico. María tuvo que caminar por el valle oscuro de la confianza: ¿Cómo irán las cosas con José? ¿Cómo reaccionarán los familiares al verla encinta? ¿Qué amenaza se cierne sobre su vida? ¿Va a ser separada de los demás o lapidada? Sólo podía mantener su confianza en las palabras de Gabriel: “Nada es imposible para Dios” (Lc.1, 37)

“¡Dios es luz!” (1Jn. 1, 5). El día de la Anunciación fue un día muy luminoso para María. Se había imaginado al hijo en la grandeza con la que Gabriel le había presentado. Era tan consciente de su grandeza que comprendió que este niño no podía provenir de la relación con un hombre. A pesar de esta luz, María necesitará toda su vida para pensar,

orar y dejar que la Anunciación despliegue todas sus potencialidades. Como madre, estará siempre pendiente del hijo, que la sobrepasa y la sorprende, viviendo incluso situaciones que no llega a comprender. Simeón habla del hijo como de “la luz de las naciones, la gloria de Israel”, añadiendo no obstante, que él es también “un signo de contradicción...y que una espada atravesará toda la vida” de la madre (Lc. 2, 32-34). De José, presente asimismo, no dice nada el anciano del Templo. María y José no lo comprenden. Tampoco comprenden cuando encuentran a su hijo en el Templo, con ocasión de su primera peregrinación a Jerusalén: “¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?” (Lc. 2, 49). Este Hijo del Padre, regresa con ellos a Nazaret y se oculta durante 20 años en una vida sin importancia; el tiempo de maduración del gran profeta.

6-Entre luces y sombras, 2

Si Isabel alaba a María por su fe, es porque no era una cosa fácil; y si el evangelio de Lucas presenta a María como “dichosa por haber creído”, es para presentarnos un modelo de fe, consciente de que la fe nunca es fácil y que nos es difícil tener una fe tan grande como un granito de mostaza.

Por el hijo prometido, María ha aceptado el riesgo de perder a José, de ser rechazada por los suyos, de encontrarse completamente sola, sin recursos sociales, ella, una adolescente en un mundo dominado por los hombres. Ya estaba informada sobre la lapidación de una mujer infiel en situación de embarazo fuera del matrimonio o bien cuando el matrimonio no estaba consumado. Aquí, podemos pensar lo que dice Jesús: “Nadie muestra un amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15. 23). Ahora bien, por él su madre había puesto en juego toda su vida. Cuando más adelante presenten a Jesús a la mujer adúltera (Jn.8, 2-11), es posible que pensara un momento en su madre: desarma las manos asesinas, salva a la mujer adúltera, pues su madre había corrido la misma suerte: la Virgen, aquí, redime a la adúltera.

Todas estas posibilidades trágicas no oscurecen la alegría de María, si bien se presentan en toda su dimensión. También la Iglesia celebra todos los días la alegría afrontando al mismo tiempo situaciones muy duras. De hecho, las pruebas alimentan la alegría de la fe.

Isabel alaba en María lo que le es específico: la fe. Carlo Carretto ha escrito esta frase sorprendente: “Era más fácil para María concebir a Jesús en su seno que concebirlo en su fe”¹. Para María, suponía una gran alegría tener en sus brazos a su hijo, pero nada le decía que era Dios. Aún más, ¿cómo cantar el Magníficat mientras los poderosos están sentados en sus tronos, mientras los humildes deben huir de noche a Egipto, mientras los inocentes son degollados en Belén? Son precisas la fe y la plegaria para descubrir que

¹

Carlo Carretto, *Dichosa tú que has creído*, p. 20.

el que debía morir, su hijo, ha sido salvado para que lleve a los hombres la salvación definitiva. Los poderosos del momento no han sido bastante fuertes para bloquear el plan de Dios. Jesús no va a morir siendo niño, es necesario que crezca, que llegue a ser adulto, profeta, Mesías; entonces sí que puede asumir la pasión, la muerte y la resurrección². La Palabra enviada por el Padre no regresará sin haber mostrado la razón por la que fue enviada (Is. 55, 11). María había vivido la experiencia en su corazón y en su seno de que Dios escoge a los pequeños. Las maravillas de Dios florecen en un pueblo de esclavos liberados, como también en una virgen grávida ya del Salvador.

La fe de María se apoya sobre estos hechos en tanto que los poderosos son aún poderosos, que los ricos continúan olvidando a los pobres, que los reyes hacen valer su poder, que la mala hierba parece más sana que el buen grano. Jesús, su hijo, será su víctima. Y sin embargo, él creará la nueva humanidad cantada por María en su Magnificat.

Cuando Jesús, con 12 años, se queda en Jerusalén, María descubre la libertad y la misión de su hijo; lo vive como sorprendida. Su amor de madre es puesto en duda, debe abrirse un camino nuevo, hacerse amor para este adolescente tan extraordinario. La libertad de los hijos precede a su deber de obedecer. Un hijo no es algo que se posee, sino alguien al que se sitúa en el camino de su libertad. Esta verdad se presenta a María y a José de una forma tan inesperada que no la comprenden (Lc. 2, 48). María no obstante, tiene la intuición acertada del que cree: todo lo guarda en su corazón; lo deja madurar en el interior con la plegaria y el tiempo. La luz no tardará en clarificar estos momentos de sorpresa. Comprender no supone necesariamente creer, mientras que el hecho de guardar en el corazón todas las palabras y signos de Dios, sí que alimenta la fe. La fe exige un esfuerzo a la inteligencia. Para los hebreos, el corazón era el centro de los sentimientos y asimismo el de la sabiduría y de la inteligencia. Se trata de una inteligencia que trabaja en un clima de confianza, de amor y de plegaria. La plegaria es el laboratorio de la fe.

Luego, Jesús regresa a Nazaret y María comprende que la libertad de su Hijo crece. Es el momento para la madre, hasta entonces educadora, de pasar a un segundo plano y

2

Carol Carretto, *Dichosa tú que has creído*. Ideas tomadas de varias páginas.

hacerse discípula, continuando su peregrinación en la fe, como dice el Vaticano II³.

7-Entre luces y sombras, 3

María conoció momentos de crecimiento en la fe. Algunos pasajes lo muestran: cuando la familia parecía estar en contra de Jesús (Mc.3, 20-21 y 31-35), cuando las autoridades de su pueblo trataban a su Hijo de poseso y tramaban su muerte o incluso, en Caná cuando su Hijo le respondió que no había llegado su hora. El momento más acusado de su crecimiento en la fe lo conoció al pie de la Cruz. La fe de María tuvo que pasar por caminos angostos de los que salió más fortalecida. Se podría pensar que crecer en la fe es señal de imperfección; no obstante, nada hay más sano que una fe que crece, pues entonces es atenta, vital, audaz ante las dificultades. La fe de María integra las alegrías y las penas; la espada profetizada por Simeón atravesó ciertamente el corazón de la madre, llegando a ser, como su Hijo, experta en el sufrimiento.

En la noche, la fe espera el día. Es hermoso creer durante la noche en el día esperado⁴. La fe no es algo fácil, no es un conocimiento ni una visión intelectual. Es más sencillo razonar sobre la fe que poseerla. La fe es una confianza amorosa depositada en Dios. Es más fácil hacer un discurso teológico sobre la fe que entregar por entero la vida a Dios⁵. Sin embargo, la vida de María fue entregada enteramente a Dios.

Debemos tener en cuenta que miramos los acontecimientos históricos de la salvación desde lejos, después de dos mil años de cultura cristiana: estos acontecimientos nos han sido enseñados cuando éramos pequeños; luego, los hemos celebrado todos los años. Para María, la situación era distinta, ella se encontraba implicada mientras los hechos tenían lugar. Vivió el drama de la encarnación-pasión como actora, no como espectadora. Sobre ella recaía una grande responsabilidad. Pero las sombras estaban penetradas por la luz que resultó vencedora. María era consciente de vivir una gran historia de amor.

⁴ H. Basilio Rueda, *Un nuevo espacio para María*, 1976.

⁵ Carlo Carretto, *Dichosa tú que has creído*, p. 20.

8-La fe de María y sus numerosas matices, 1

Los aspectos de la de de María son numerosos: es madre y es esclava, tiene confianza y permanece fiel, se hace misionera, se nos hace cercana, vive en el santuario de su corazón, mujer de vida interior acoge y se alimenta de la palabra: el Verbo, está iluminada por el niño que toma forma en ella, la que ha creído sin haber visto ora en la Iglesia y se difumina en la Iglesia.

1-Fe y disponibilidad: Cuando recibe la llamada, María se muestra muy *dispuesta*. Se llama sierva y toda su vida se convierte en espacio para el niño que germina en su seno. Pero es una sierva-madre, que se entrega con toda la fuerza e ilusión propias del amor materno. María pone a la disposición de Jesús una generosidad sin límites: inteligencia, corazón, cuerpo, hoy, mañana, siempre, en la alegría de Navidad, en la huida a Egipto, en la rutina cotidiana de Nazaret, tan larga y tan sencilla, y en el gran dolor de la muerte del Hijo. Esta disponibilidad es esencialmente *amor*. Es una disponibilidad humilde, de sierva, en el sentido más bíblico del término “servidor-sierva”, con la nobleza que le habían dado los anawim, los humildes de Dios.

2-Fe y confianza: María vive una fe *confiada*. No calcula el camino que deberá recorrer. Si Dios le dice: “Estoy contigo, el Espíritu Santo vendrá sobre ti, el Poder del Altísimo te cubrirá”, María tiene plena confianza en Dios y emprende el camino de la aventura del Mesías que llega. El cardenal Angelo Comastri, cuando era obispo de Loreto, veía el sí de María de este modo:

“Con su sí, María no pide a Dios el mapa del viaje,
para conocer el itinerario y calcular las dificultades.
Su fe es un sí pronunciado mirando a Dios en los ojos,
y confiando ciegamente en la bondad que brillaba en ellos.”

3-Una fe despierta: María es como una mujer que tiene la puerta de su casa abierta para

que todos los mensajeros de Dios puedan entrar. Está constantemente evangelizada por Gabriel, por José, por Isabel, por los pastores, los magos, y en el Templo, por Simeón y Ana. Presta atención a las primeras palabras de Jesús: “¿No sabíais que me debo a los asuntos de mi Padre?”(Lc. 2, 49), y las guarda en su corazón. Es una fe humilde, atenta, creciente, que discurre de sorpresa en sorpresa bajo los impulsos del Espíritu. María sobrepasa todas nuestras experiencias de fe. Para ella, como para nosotros, Jesús es un hombre siempre nuevo, sus palabras abren horizontes nuevos; sorprende, fascina, conmueve, no deja que la fe se adormezca y toma el camino extraño del Calvario, tan contrario a la naturaleza humana, tan contrario a un corazón de madre, pero tan conforme con la sabiduría de Dios. En el Calvario, María no está ausente; se mantiene de pie, junto a la cruz del Hijo. Sigue el camino del Hijo, vive la fe de quien ha dado todo al Hijo, la fe de la que nos ha dado al Hijo, la fe en el Hijo que se despoja de todo, que se entrega por entero. Es una lógica que sorprende los cálculos de nuestra lógica; es la lógica de Dios.

9-La fe de María y sus numerosas matices, 2

3-Una fe vivida en el corazón: La fe de María es como una planta cultivada en el corazón. Crece a la sombra de la reflexión y de la plegaria. Es una fe guardada todos los días, toda la vida. Llega a ser la luz que ilumina los dos primeros capítulos del evangelio de Lucas. La Anunciación ha sido un día de fuego. María cultiva este fuego en el corazón durante toda su vida y se convierte en luz que ilumina nuestra fe. El corazón que conserva todo lo que se dice de Jesús y todo lo que dice el Maestro, llega a ser el laboratorio de la fe: “En cuanto a María, ella consideraba todos estos acontecimientos buscando su significado... Y su madre guardaba todos estos acontecimientos en su corazón” (Lc. 2, 19 y 51).

4-La fe y la palabra: El Magníficate está entrelazado de reminiscencias del Antiguo Testamento. Aquí descubrimos una nueva riqueza del corazón de María: está lleno de la palabra de Dios, vive de la palabra de Dios. La fe se fortalece gracias a la familiaridad con la palabra de Dios. Por ella es iluminada, reanimada, alimentada, se vuelve más audaz. La palabra de Dios formaba lo esencial de la plegaria de María y expresaba su fe. La exhortación apostólica *Verbum Dominio*, contemplando la fe de María, afirma: “...es necesario mirar allí donde la reciprocidad entre la Palabra de Dios y la fe se complementan por entero; es decir, María con su sí a la Palabra de la Alianza y a su

misión, completa perfectamente la vocación divina de la humanidad... María, desde la Anunciación hasta Pentecostés, se nos presenta como la mujer totalmente dispuesta a la voluntad de Dios... Virgen en actitud de escucha, vive en total concordancia con la palabra de Dios”⁶

5-Fe y solidaridad: María utiliza los salmos de sus antecesores, vive en comunión con la fe de los suyos; es una fe que nace en el interior de la comunión de los santos. No se trata de una fe solitaria; es más bien una marcha con todos los pobres de Dios, bajo la luz de la palabra. El Magníficate es un resumen de la historia del pueblo de Dios. Esta historia tiene su origen en Abraham, que había recibido las promesas, y llega a María, a su hijo, que las realiza. Pero María recorre todas las generaciones y las contempla protegidas por la misericordia de Dios. De este modo, María se muestra fuertemente enraizada en su pueblo, en la aventura de su pueblo. Contemplando esta mujer llena de la palabra de Dios y poseída por la Palabra, la exhortación apostólica *Verbum Dominio* dice: “La Iglesia debe situarse como dentro de la palabra, para dejarse proteger y alimentar, como si fuera un seno materno, a ejemplo de la Virgen María, *Virgo Audi Enns...*”⁷

No solamente es solidaria con la plegaria de su pueblo; en Cana vemos cómo María se solidariza con todos nuestros problemas. La fe-solidaridad de María hunde sus raíces en la historia de su pueblo y en el presente de los hombres. Por eso la percibimos cercana, en nuestro presente. Pero al mismo tiempo, la fe de María está como conducida por la fe de su pueblo: la fe es también un don de la comunidad de los creyentes. Cuando María recuerda al Dios fiel de generación en generación, evoca en cierto modo la fe de los suyos. Vive también la fe de los anawim. En ella se hace patente la fe de los profetas, la fe de David, el gran predecesor del Mesías.

María no vive sólo de la fe de los que la han precedido, la fe de José le abre el camino a una maternidad dichosa. Con su fe, con su disponibilidad, José salva a María y al hijo que llevaba, garantiza el futuro del niño y de la madre. La fe vive en la comunión de los santos. María no es sólo una fuente de abundantes gracias; también las recibe de los demás: de José, de Isabel, de Zacarías, de los pastores, de los magos, de Simeón y de

⁶ Exhortación Apostólica *Verbum Domini* del 11 de noviembre de 2010.

⁷ Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, del 11 de noviembre de 2010, art. 79.

Ana... y más tarde, de los apóstoles y sobre todo del discípulo amado y de los que en el Cenáculo oran con ella. María es como un lugar de encuentro donde convergen la fe de los antepasados y la de los que viven con ella y desde donde se irradian ejemplos extraordinarios de fe para los futuros discípulos.

10-La fe de María y sus numerosas matices, 3

6-La fe y la alegría: Hay también un aspecto gozoso de la fe de la Virgen María que le permite no preocuparse demasiado ante los peligros, no vivir el futuro con angustia. Esta alegría estalla en el Magníficat y nos revela el clima interior de María: recibía más gozo del niño en su seno que la inquietud de los peligros reales que se cernían sobre ella. Jesús era no tanto una fuente de problemas como una fuente de paz, de fuerza y de alegría. La fe no es una aventura solitaria. Aquél en quien creemos está con nosotros y para María era la evidencia del niño que llevaba. La epístola a los Hebreos dirá de Jesús que es “el iniciador de nuestra fe y el que la lleva a su cumplimiento” (Hb.12,2). La primera palabra de Gabriel había resonado con claridad en los oídos de María: “¡Alégrate!”. Constatamos que la fe alegre de María ilumina los dos primeros capítulos del evangelio de Lucas. Estos dos capítulos están llenos de cantos alegres. Isabel abre la serie, la sigue el Magníficat, el canto de Zacarías, el de los ángeles el día de Navidad (Lc. 2, 11), el de Simeón y de Ana en la Presentación del niño en el Templo. La alegría procede del cielo y se expande sobre la tierra. Es la alegría de los tiempos mesiánicos.

7-Fe y fidelidad: En María, la fe es también fidelidad. Ésta abarca toda la vida de María. Jesús va a estar en compañía de su madre desde su concepción, luego en su infancia, en su adolescencia, y durante el tiempo de maduración lenta de la llamada profética, su vocación a ser el Mesías. María estará presente en el primer milagro de Caná y en el último milagro de la Cruz; entra en casa del discípulo amado y se encuentra en oración con el primer grupo de los que creen en su Hijo. Vemos que es una vida totalmente entregada. La fidelidad es uno de los pilares de la fe.

8-Fe y misión: La fe también encuentra su medida en la misión: el tesoro debe ser llevado y ofrecido, la luz encendida para que ilumine la casa, el perfume debe ser derramado para que su aroma llene la sala del banquete. La Visitación nos propone en verdad, una madre en misión. Podemos decir con certeza que el viaje de María a la alta montaña de Judea es la primera misión cristiana: María lleva al niño por los caminos del mundo, lo introduce en la familia de Zacarías, la primera familia cristiana. Isabel dirá de María y de su Hijo: “¿Qué he hecho yo para que la madre de mi Señor venga a mí?” (Lc. 1, 43). Caná es otro momento de la misión de María, induce a su Hijo a manifestarse, a revelar su gloria para que nazca la fe de los discípulos. La fe de la madre ilumina la de los discípulos. La fe de la madre es contagiosa. La fe de María asume los problemas

humanos, es una fe humana, enraizada en lo real: “¡No tienen vino!” (Jn. 2,3). Dirige su mirada a Cristo, pero también hacia nosotros.

María está también de misión cuando en la familia se dice que Jesús ha perdido la cabeza. Se coloca al frente de la familia y la conduce hasta su Hijo: el encuentro con el Hijo producirá la luz. En el primer grupo de discípulos que esperan al Espíritu están también los hermanos de Jesús; han pasado desde el escándalo a la fe.

9-La fe y sus frutos: “Se reconoce al árbol por sus frutos” (Lc. 6, 43). Ahora bien, María ha dado al mundo el Fruto de la Vida y ha sido la primera en amar a Dios en carne humana. Este amor de la madre ha consistido en cuidar al niño, vivir con él, alimentarlo, protegerlo, educarlo, iniciarlo en la plegaria y la vida de su pueblo, crearle espacios de libertad. Esta fe comprende también todo el sufrimiento inherente a la maternidad, no sólo en el momento del nacimiento, sino en todas las inquietudes que una madre debe afrontar para conducir a su hijo a la plena madurez. Cuando esta vida llega a ser dramática y con mucho riesgo, la madre se hace aún más presente: “De pie, junto a la cruz de Jesús se encontraba su madre” (Jn. 19, 25). El capítulo 25 de Mateo nos revela a un rey pobre, hambriento, sediento, en prisión... Jesús no dice que es amigo del pobre, del hambriento...sino que tiene hambre, que está enfermo, que está en prisión. El hombre y su Señor comparten la enfermedad y la prisión ya que forman un todo... María ha amado y salvado a un niño inerme que querían matar. Lo ha educado conforme a nuestras palabras, a nuestra sabiduría humana; ha guiado sus primeros pasos vacilantes. La fe de María está llena de amor: Jesús se convierte en el centro absoluto de su vida. En todos los detalles de la fe de María, el amor está presente. La fe no es una noción sino una pasión concreta, práctica.

11-Caminar con los imprevistos de Dios

María conoció en su vida una sucesión de imprevistos que la enfrentaron al proyecto de salvación de Dios, un proyecto oculto desde siempre. Cada contingencia la ponía ante un momento doloroso de la vida. En las contingencias siempre había un llamamiento hacia una vida superior. Se sabía amada de Dios y llamada a tener confianza en él. Pero también vemos cómo María recurre a sus cualidades humanas y espirituales para satisfacer los imprevistos de Dios. En este sentido, está cerca de nosotros; nuestra vida también está llena de incógnitas y sorpresas en el mundo del trabajo, de la salud, de los lazos familiares. Estos imprevistos pueden convertirse en caminos de resurrección.

En la vida de María todas las sorpresas le vienen de Jesús. Ella había pensado en un proyecto de vida ordinario: el de su amor humano con el joven José. Es ya su esposa cuando recibe la visita de Gabriel. Estaba lejos de esperar un mensaje que le vino del cielo y de saber que se le proponía el hijo único. Las primeras palabras de Gabriel: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo,” trastornaron a la joven María; se dio cuenta de que la salvación está llena de incógnitas; le piden que reoriente su vida hacia un futuro envuelto en el misterio. Aunque dijo: “Yo soy la sierva del Señor”, camina hacia situaciones inciertas. ¿Cómo va a reaccionar José? ¿Cómo la acogerá su familia? ¿Cómo le mirará la gente de Nazaret?

Después, ella está lejos de imaginar que debe trasladarse inmediatamente a Belén; así lo quiere el emperador Augusto, y José también, y sobre todo lo quiere Dios. Es cierto que María, joven mamá, soñaba con un hermoso nacimiento para su hijo, pero éste nacerá en una cueva, será visitado por pobres pastores y por los Reyes Magos venidos de lejos, que traían tras ellos la fragancia de Oriente. Si en Jerusalén Herodes estaba molesto, en Belén, la joven María tendría que estar también muy sorprendida.

Después, la subida al templo a presentar a su hijo "primogénito". Todo comenzó muy bien. El viejo Simeón otorga al niño elogiosos títulos: Mesías, salvación preparada para las Naciones, luz para los pueblos, Gloria de Israel. Los ojos de María se centran en este viejo profeta tan inundado por el espíritu. De repente, todo se oscurece: el niño va a ser un signo de contradicción, muchos tropezarán a causa suya, y a la madre le anuncian una espada que le traspasará el corazón.

Terminada la presentación del niño, María, la joven campesina de Nazaret, escucha a José que le dice: “Herodes quiere matar al niño. Debemos escapar, irnos a Egipto.” Es una gran sorpresa para esta joven familia: marchar por los caminos del exilio, con lo que ello implica de ansiedad y de vida difícil. El niño es ciertamente la causa de todo esto y lo viven por él. Desde el día de la Anunciación, él les había robado el corazón: se convirtió en el tesoro de sus vidas. Pero, desde ese día, María aprendió que Dios es imprevisible. Ella había ido de sorpresa en sorpresa, pero estaba segura de que Dios la amaba.

12-Caminar con los imprevistos de Dios

Días tranquilos siguieron al regreso de Egipto; el niño crecía sano y robusto. Cuando cumplió los doce años, llegó el momento de su primera peregrinación a Jerusalén con ocasión de la Pascua. La sagrada familia pasó una semana alegre en la ciudad santa, cantando en el templo los salmos y las loas ancestrales entre nubes de incienso.

Llega el momento del regreso, y Jesús no está con ellos, ni tampoco entre los parientes. Con el alma triturada por la angustia, empiezan a buscarlo. ¿Acaso María hubiese pensado en eso? Siente que la espada la traspasa despiadadamente; se siente responsable, ella, la madre, de haber perdido a su hijo. ¡Y qué hijo! María y José viven la pasión antes que los demás: tres días sin su Señor, tres días sin su hijo, tres días en Jerusalén, justo en el tiempo de la Pascua. Cuando lo encuentran, ya no es su hijo, es el Hijo del Padre: “¿No sabíais que me debo a las cosas de mi Padre?” Jesús adolescente comienza a desprenderse de su familia de la tierra. Es una verdadera revolución en el corazón de la Madre, se da cuenta de que un día su hijo se marchará para ser el profeta, el hermano de todos en una familia universal. Sin embargo, el joven adolescente baja con ellos a Nazaret. Siguen largos años pacíficos. María ve crecer al profeta: dice palabras únicas, luminosas, revela a su madre sentimientos profundamente humanos. Ella sabe que seducirá a las muchedumbres, que muchos lo aclamarán, y que otros muchos vendrán a él para que les cure sus heridas; bastará con tocar la franja de su vestido para ser curados en sus cuerpos y tener un alma que cante el Magníficat.

Todo lo que ocurre es bueno, pero todo terminará en el Calvario: él, en la cruz, desnudo, clavado, mofado, agonizante, con ese grito misterioso: « Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Y él muere mientras ella continúa el salmo apenas comenzado. Y justo, un poquito antes, él había vertido en su corazón una maternidad sin fronteras, orientada a todos sus discípulos. Una maternidad a medida de los imprevistos de Dios: « ¡Mujer, he ahí a tu hijo! » ¿Quién hubiera dicho el día luminoso de la Anunciación que la luz del mundo se apagaría en el Calvario, y que la maternidad de María pasaría del Hijo a los hijos?

No es fácil caminar con ese Dios imprevisible. Hay que tener un corazón muy despojado, muy confiado en la voluntad del Padre. No es un Dios lejano; propone opciones tan contrarias a nuestra naturaleza...: Él está también en el Hijo de Dios, clavado, sin defensas; él también opta por dejarse sumergir por la maldad de los hombres para envolverlos a todos en el perdón de su misericordia. Es el Dios de los imprevistos: hace caminar a los suyos por caminos impensables. Ya había dicho que se va a él por caminos estrechos.

María ha caminado en medio de todos esos imprevistos. Sin duda entendió a Gabriel cuando le dijo dos veces: “El Señor está contigo. No tengas miedo, María”. Ella comprendió que el saludo del ángel era ante todo, amor, después fuerza, luego fidelidad. Dios estaba con ella, sobre ella, en ella. María dio una respuesta de amor al amor de Dios: “Yo soy la esclava del Señor”. En su respuesta, que duró toda una vida, vemos también cualidades típicamente humanas. La primera es la necesidad de comprender, un esfuerzo de la inteligencia para ver claro: comprender el saludo de Gabriel; luego, todo lo que le dijeron del niño, guardar en su corazón todo lo que no se comprende en un primer momento. María es mujer inteligente. Al mismo tiempo es una mujer de interioridad, de reflexión, de madurez. Vive mucho tiempo en el santuario de su corazón, donde nace la luz, donde la fidelidad se convierte en costumbre. María es también una mujer que se puso inmediatamente al ritmo de Dios. El Magníficat revela una mujer que hace ya las opciones del Hijo: ir a los humildes, a los hambrientos. Ella está también en sintonía con nuestras necesidades humanas; alerta a su Hijo cuando llega a faltar el vino en la fiesta del amor.

También nosotros respondemos a los imprevistos con todo lo que somos, con nuestras

calidades, con la dimensión humana que llevamos dentro. María no huyó de los imprevistos; se enfrentó a ellos, primero porque su corazón estaba lleno del Hijo, y después, por el amor que nos hace caminar por senderos difíciles. También nosotros nos enfrentamos a los retos de la vida, siguiendo el corazón que late en nuestro pecho. Las opciones de María han abierto, a menudo, el camino del Hijo. Ella caminó con él de sorpresa en sorpresa, hasta el día de la resurrección, día imprevisible, aunque ya anunciado.

13-María, la discípula

Al final de una charla sobre la Virgen María, uno de los asistentes sugirió que el más hermoso título que podíamos dar a María era el de “discípula” de su Hijo y que él consideraba este título más importante que el de “*Madre del Señor*”. Esprimeva così il pensare di Sant’Agostino che affermava che Maria non poteva essere Madre se prima non era discepola; si trovava anche in sintonia con ciò che scriverà il documento della nostra spiritualità marista *L’Acqua dalla Roccia*, giugno 2007, nella preghiera conclusiva a p. 86: Maria... tu sei il nostro modello, tu la prima e perfetta discepola di Gesù”.

Un discípulo es alguien que tiene un maestro al que sigue, que modela su vida de acuerdo con el mensaje de su maestro y se constituye en su testigo para los demás: “Seréis mis amigos si hacéis lo que os mando (15, 14)... El criado no es mayor que su amo (Jn. 13,16 y Jn. 15,20)...Seréis mis testigos hasta los confines de la tierra (Hech. 1,8)” El discípulo vive a partir de otro y para el otro; su vida se convierte en total disponibilidad a favor de su maestro.

La mayoría de los discípulos que siguen a Jesús sólo lo conocieron durante su vida pública, cuando era el gran profeta, el Mesías, a quien vitoreaban las multitudes después de cada milagro, el que acabará en la cruz y que resucitará el día de Pascua. María puso su vida al servicio de su Hijo desde el día de la Anunciación; se adelanta a todos los discípulos al menos, en treinta años, les supera en el amor y el conocimiento del Hijo. Pero, ¿puede decirse que durante esos treinta años era *discípula* de quien todavía no se había revelado como Maestro?

En este periodo de la vida privada de Jesús, María se presenta dos veces como “la esclava del Señor”: el día de la Anunciación, en su respuesta a Gabriel y en el Magníficat que cantó en el umbral de la casa de Isabel. María se colocaba así en la lista de los grandes servidores de Dios, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David, los profetas..., lista encabezada asimismo por su Hijo Jesús “que vino, no para ser servido sino para servir!” (Mt. 20, 28)

Los textos evangélicos de la infancia, de Mateo y de Lucas, insisten en la maternidad de María, realidad que Isabel reconoce a su vez, cuando llama a María “la Madre de mi Señor!”. El título de madre de Jesús es paralelo al de esclava. Van unidos y manifiestan la plenitud de la personalidad de María. No se excluyen, no existe entre ellos jerarquía, los dos son preciosos: María es esclava y madre.

María actúa también como madre. Cuando Jesús se queda en el Templo y sus padres le buscan ansiosos, su madre le dice: “Hijo mío, ¿por qué te has comportado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo te buscábamos llenos de angustia” (Lc. 2, 48). En Caná, como madre se dirige a Jesús y le dice: “No tienen vino” (Jn. 2, 3). Como madre acude en ayuda de su Hijo pues, incluso cuando en su familia se decía que “había perdido la cabeza” (Mc. 3, 21)

Los evangelios reconocen 28 veces a María como la madre de Jesús; sin ninguna duda, es el título más frecuente, el que permanecerá asimismo como el más honroso en la devoción de la Iglesia y el más querido en el corazón de los fieles.

Ahora bien, es una madre que posee todas las características de un verdadero discípulo: pone toda su vida a la disposición de su Hijo; es su tesoro, el centro de su vida; sólo vive para él. Guarda en su corazón “toda palabra referida a su Hijo” (Lc.2, 18 y 51). Como todo verdadero discípulo, le ofrece al mundo, lo defiende, lo educa, lo da a conocer como Mesías. Es la primera misionera de su Hijo cuando toma el camino de la Visitación. Por otra parte, los términos: “servidores, discípulos, amigos” son a veces, sinónimos.

Sin embargo, en el evangelio de Juan, después de las bodas de Caná, encontramos un momento claro donde vemos que María actúa como discípulo. Había llegado a las bodas antes que Jesús. Cuando el primer milagro tuvo lugar, Jesús se dirige a Cafarnaúm. Ella es la primera en seguir los pasos de su Hijo: “Después, bajó a Cafarnaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos” (Jn.2, 12). Desde este momento, sigue de cerca a su Hijo. Le sigue hasta el Calvario, le reconoce como su Señor en el Cenáculo, ya que es del grupo de los creen en Jesús. A lo largo de su vida pública, María sigue a su Hijo, es

discípula.

Para los demás discípulos, es una discípula especial: es la discípula–madre. Juan la llamará siempre “la madre de Jesús”. Cuando Lucas enumera las personas que forman el primer grupo de discípulos en el cenáculo, habla de María como de “la madre de Jesús”. Si hace falta insistir sobre otro aspecto, Juan dirá que también es “la madre del discípulo amado”, la madre de todos los discípulos. María es discípula aunque revestida de la grandeza de la maternidad. En ella se conjugan el amor del discípulo y el amor de la madre. Caso único que los evangelios subrayan al llamarla ‘la Madre’.

Tampoco aquí los dos títulos se excluyen, no respetan una jerarquía; se completan para describir toda la realidad de la Virgen María; los dos hacen honor a la Madre de Jesús.

No es muy acertado establecer una categoría de títulos para nombrar a María, y aún es peor escoger unas prerrogativas que excluyen otras. María es a la vez: llena de gracia y virgen, sierva y madre, bendita y dichosa, discípula y madre de los discípulos, madre de la Iglesia y miembro de la Iglesia, nuestra madre y nuestra hermana, hija del pueblo de Sión y primera en el nuevo Israel; con ella se cierra el Antiguo Testamento, con ella comienza el Nuevo Testamento, madre de Jesús y primera salvada por Jesús.

Es una mujer excepcional, pero es nuestra Madre.

14-Una fe de peregrina

Somos un pueblo de peregrinos que caminan hacia la patria y es la fe la que nos anima. Ella hace que nos sintamos insatisfechos de nuestra tierra, a pesar de lo hermosa que es, de nuestra vida en este mundo, a pesar de que esté llena de momentos de gozo. Abraham conduce a esta humanidad que camina, a esta humanidad que no se conforma con una vida mortal. La carta a los Hebreos centra todo el capítulo 11 en la fe de nuestros ancestros, pueblo de caminantes hacia una patria duradera: “Por la fe, Abraham, obedeciendo al llamado de Dios, partió hacia el lugar que iba a recibir en herencia, sin saber a dónde iba.” (Hb 11,8).

Justo en medio de este pueblo que camina, uniendo sus pasos a los nuestros está María, la Madre del Señor, la Madre de todos los discípulos. El Concilio Vaticano II, en su constitución dogmática *Lumen Gentium*, 8,58 reza: “*Así avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe*”. Los padres conciliares vieron a María caminando en un peregrinaje tan especial como es el de la fe. ¿Acaso los padres conciliares quisieron decir que María también vivió momentos de duda, de debilidad, de los que tuvo que sobreponerse? ¡No! Pero ellos reconocen que María, durante su vida, conoció desafíos y su fe, en esos momentos, debía casi renovarse. María no vivió de una fe estancada sino de una fe que corría límpida y que crecía mientras que ella se dirigía hacia el Calvario.

Ella no vivió una fe fácil porque encontró incógnitas y realidades dolorosas. Los imprevistos, todos ellos debidos al hijo que guardó en su seno y al que se dedicó por completo, fueron muchos, comenzando con la misma anunciación, que María nunca imaginó. María permanecía abierta a las sorpresas de Dios y cada una de ellas constituía un desafío para su fe: el nacimiento de su niño en una gruta, la espada que debía atravesar su corazón, la huida a Egipto, la desaparición de Jesús en el Templo, la creciente hostilidad en familia y sobre todo entre los jefes del pueblo y, finalmente, caminar hacia la catástrofe del Calvario. La vida de la joven María fue como una carrera de obstáculos, pero ella siempre permaneció fiel. Juan, en Caná, en el signo arquetipo presenta a María como modelo de la fe, porque estar de pie, junto a la cruz de su Hijo, demuestra una fe superior: es la fidelidad de la Madre que cree en la bondad, en el poder increíble de su Hijo moribundo y en medio de la desbandada general, ella cree en un Hijo humillado, vencido, asesinado; tiene la intuición de que la salvación pasa por la

muerte. Es un momento de dolor inmenso, pero ella permanece de pie, junto a la cruz, es una con su Hijo, se siente quebrantada por el sufrimiento de su Hijo.

Lo que María debe vivir exige una fe más intensa que la nuestra, una fe que profundiza en el misterio. Es cierto que Dios se le presentó de una manera única y que única fue su experiencia de Dios: Dios con ella, Dios sobre ella, Dios en ella, bendecida como “llena eres de gracia”. Pero como dirá su Hijo: *“a quienes reciben mucho se les pedirá mucho más”*. María recibió mucho más que todos nosotros; es por eso que los caminos de la fe y del amor que ella recorrió fueron mucho más arduos y, a pesar de todo, los recorrió.

El canto que sigue a continuación, de Amelio Cimini, esboza a María como “la peregrina en la fe”, un icono que describe todo el misterio de esta mujer iluminada por el amor de Dios, que es nuestra compañera y nuestra madre en el peregrinaje de la fe.

Dios te salve María
 candil resplandeciente,
 en ti reside
 la Sabiduría eterna ;
 mujer fuerte, nueva Eva,
 amada y conquistada por el amor.

Dios te salve María,
 humilde entre los humildes,
 Dios te escogió
 para desconcertar a los fuertes ;
 ternura del Señor,
 tú eres esplendor y testigo del Padre Eterno.

Dios te salve María,
 primera entre los discípulos,

en los senderos del tiempo,
eres una mujer que camina,
nos acompañas en la fe,
como una madre verdadera, hacia el reino de la luz.

Las últimas líneas son emocionantes: “en los senderos del tiempo, eres una mujer que camina, nos acompañas en la fe, como una madre verdadera, hacia el reino de la luz”. Nosotros somos un pueblo de peregrinos, pero María camina con nosotros en el sendero de nuestra vida y acompaña nuestra fe. Ella también tuvo que vivir de la fe; su vida no fue fácil, libre de riesgos, ni protegida del dolor. Al contrario, el pueblo de Dios la llama “Virgen de los dolores”. Hoy, ella es la Madre que orienta nuestros pasos hacia el Reino de la luz. Ella, la amada, la conquistada por el amor, es para nosotros “ternura de Dios, esplendor y testigo del Padre Eterno”.

María, peregrina de la fe y madre nuestra, ruega por nosotros.

15-El Espíritu Santo y María

Por su maternidad, María está fuertemente unida al Hijo y ese lazo de unión es el que más aparece, el que más habla a nuestro corazón. Ella es para todos nosotros la mujer que tiene en sus brazos o en su corazón a Jesús: Ella es la Custodia de Jesús, su Trono, su Santuario, su Madre. Es verdad también que, en los Evangelios, María es llamada veintiocho veces Madre de Jesús.

Y sin embargo, hay un don que precede al niño y lo origina: es el don del Espíritu. “El Espíritu Santo vendrá sobre ti... Por eso, el que va a nacer de ti será Santo y será llamado Hijo de Dios” (Lc 1, 35). Mateo también da a entender esta prioridad: “Ella se encontró encinta por obra del Espíritu Santo” (Mt 1, 18).

Ese don del Espíritu a María, como presencia de Dios que precede a la encarnación de Jesús, está bien en la lógica de Dios: el Espíritu precede todos los grandes momentos de la vida. En las aguas caóticas de los orígenes aleteaba el Espíritu, luego surge una pletórica vida organizada (Gn 1,2). El pueblo de Israel no es más que un montón de huesos secos, pero el profeta invoca al Espíritu de los cuatro puntos de la Tierra. Los huesos se cubren de nervios, de carne, de piel y se yerguen como un ejército viviente (Ez 37).

María es virgen, pero el Espíritu vendrá sobre ella y de una Virgen nacerá el Hombre Nuevo, Jesús. El día de Pentecostés, en el Cenáculo, estaba un grupo de discípulos encerrados en sí mismos. Sobre ellos viene el Espíritu como una fuerza y como fuego, y la Buena Nueva llena las calles de Jerusalén: es el día oficial del nacimiento de la Iglesia. Las especies Eucarísticas son un poco de pan y de vino, pero en cuanto viene sobre ellas el Espíritu, es el Cuerpo y la Sangre de Cristo lo que está presente entre nosotros. El Espíritu es el autor en los grandes umbrales de los nuevos cambios.

A partir de la Anunciación se puede decir que el Espíritu ya no abandona a María. Cuando parte hacia la casa de Zacarías, enriquecida con el niño que lleva en ella, su saludo a Isabel hace saltar de alegría al pequeño Juan Bautista y, llena del Espíritu, Isabel comienza a profetizar y a tejer las primeras grandes alabanzas a la Madre de Dios. Lo mismo que cuando María pone a su Hijo en los brazos de Simeón, éste, lleno del Espíritu Santo, profetiza glorificando al Niño “Luz de las naciones y Gloria de Israel”. Por fin, las últimas atenciones de Jesús en la Cruz son para la Madre y para el discípulo. Luego muere exhalando su Espíritu sobre la Madre y el discípulo, primera célula viviente de la Iglesia. La última presencia simultánea del Espíritu y María ocurre el día de Pentecostés. Pero allí, María, la Madre, cede su lugar a la Iglesia Madre y Ella se integra en la comunidad de los fieles.

Cuando Dios otorga un don lo hace para siempre, ese don se convierte en fidelidad de Dios. Sobre María estará siempre el Espíritu, con María estará siempre el Hijo. Era verdad ayer, es verdad hoy.

Ir a María es ponernos en sintonía con el Espíritu. Permanecer con María es tener la suerte de escuchar nosotros también: “¡El Espíritu Santo vendrá sobre ti!”. Entonces tendremos la dicha de que Jesús se encarne también en nuestra vida.

16-Un sí entusiasta

Lucas 1, 26-30

La Anunciación culmina con la respuesta de María al ángel: “Aquí está la esclava del Señor. Hágase en mí, según tu palabra”

Enviada desde el Cielo la gran buena nueva, llega a la tierra y es dejada a la responsabilidad de una joven mujer sobre la que se cierne el Espíritu Santo y en la que ya toma forma el Niño.

Pero ¿cuál fue el sí que María pronunció?

Con frecuencia, la palabra “*sierva*” se utiliza para resaltar la humildad de la Virgen y que Ella empleó al referirse a sí misma, en su canto del Magníficat: “Ha mirado la pequeñez de su esclava”. María durante la Anunciación se vio inundada de estupor, al encontrarse frente a la misma grandeza de Dios y considerarla frente a la pequeñez de su nada. Ella se coloca así junto a la multitud de servidores de Dios que a lo largo del tiempo han existido: Abraham, Moisés, David, los profetas, hasta que llegó el gran servidor de Dios y de los hombres: Jesús, venido “para servir y dar su vida por una multitud” (Mt 20, 28 y Lc 22, 27).

Más aún, María ha oído al ángel que le dice: “Llena de gracia”, llena de amor de Dios, amada de Dios. También ha acogido la insistente advertencia de Gabriel: “¡No temas, María! ¡el Señor está contigo!” La invitación de Gabriel a la alegría y al amor de Dios es una iluminación que llega y penetra el corazón de María: Ella se sentía una pura nada. Pero, su modo de responder fue: “aquí está la sierva del Señor...” que también era una de las fórmulas empleadas para el matrimonio en el pueblo hebreo y para el amor. Ruth se la dijo a Booz durante la noche, después de haber rebuscado en los campos de trigo de su primo. Se acostó junto a él y le dijo: “...extiende sobre tu sierva el faldón de tu manta” (Ruth 3, 9). También Abigail cuando fue pedida en matrimonio por David, le respondió: “tu sierva es como una esclava que ha de lavar los pies de tus servidores” (1S 25, 41) Ruth y Abigail respondieron así con una total entrega de sí mismas a un amor humano. María fue, pues, la primera en

atreverse a emplear una fórmula de matrimonio, dirigida al mismo Dios. En efecto: fue una respuesta de amor al Amor, la expresión de una total entrega. María dijo de sí misma que estaba completamente dispuesta y entregada al servicio del niño que recibía. En María la Alianza llegó al culmen, a menudo, anhelada por Dios y cantada por los profetas: una alianza de amor y matrimonio.

Qué bello es que la humildad y el amor se encontraran en el corazón de María y prepararan la cuna que iba a acoger a Jesús.

Todo esto quedó reforzado en la segunda parte de la respuesta que dio María: “que se haga en mí, según tu palabra”; el verbo empleado está en modo optativo, expresando un vivo deseo. Es una expresión de inmensa alegría ante la inmensa gracia que se le ofrece. Es como si María dijera: “¡Oh, que, verdaderamente, me llegue esto que me has dicho!”.

También David experimentó una situación parecida cuando el profeta Natán le dijo: “El Señor está contigo y te construirá una casa...Yo seré un padre para tus descendientes y ellos serán para Mí, hijos. Tu casa y tu reino subsistirán para siempre” (2 S 7, 3-25). Ante esta promesa, David se prosterna y suplica a Yahweh que cumpla con su palabra: “Guarda tu promesa y haz como tú has dicho”. María acababa de oír el eco de esta profecía de Natán en todo lo que el ángel le había dicho sobre el Niño. Como David, también Ella suplicará a Dios que ponga por obra sus palabras. Se adhiere con amor y entusiasmo al plan de salvación.

Entonces ocurrió algo único y nunca visto: en Ella, se comenzó a formar el hijo de la promesa que a la vez era el Hijo del Padre e Hijo de María: hombre y Dios. La Humanidad vive en este infante, bajo la acción del Espíritu Santo, una mutación única que va a extenderse a todos cuantos lo reciben. “a cuantos lo reciben, les ha dado el poder de llegar a ser hijos de Dios” (Jn 1, 12). Todos nosotros somos los hijos del sí de María.

17-El camino de la acogida

Con la Anunciación, María abre el camino de la acogida al Señor. Con su Sí, por primera vez Jesús es acogido por un ser humano, acogido con un amor total. María abre un camino a la humanidad para acoger al mismo Dios.

Esta acogida se va a repetir constantemente en el Pueblo de Dios, en todos los siglos, todas las culturas, todos los tiempos. Ya en el Evangelio, después de María es San José, con una disponibilidad igual, luego la familia del pequeño Juan Bautista en los cantos y la alegría, después discretamente los pastores; los Magos terminan su largo viaje de rodillas ante el Rey de los Judíos que ha nacido. En el umbral del Templo estalla la alegría extasiada y profética del anciano Simeón, que toma en sus brazos al Niño: “Luz de las Naciones y Gloria de Israel”, y de la anciana Ana, que acude para proclamar a todos la liberación de Jerusalén.

En este mismo impulso, Pedro al encontrar la mirada de Cristo “llora amargamente”, pero su respuesta final será: “tú sabes que te quiero”. Zaqueo recibirá a Jesús con gran gozo y un cambio total de vida; la familia de Lázaro abre a Jesús una casa amiga; la mujer pecadora derrama a los pies de Jesús un perfume de nardo puro. El buen ladrón apuesta que su muerte y su eternidad estarán junto a Cristo: “Jesús, acuérdate de mi...”. El discípulo amado lleva consigo a la madre de Jesús, mientras que José de Arimatea depone el cuerpo del Señor en su propia tumba, completamente nueva. Los dos discípulos de Emaús dicen al resucitado “Quédate con nosotros, Señor, porque cae la tarde”, y Pablo se atreve a escribir: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?”

Esta acogida apasionada traspasa toda la historia de la Iglesia para llegar hasta nosotros con Juan Pablo II y con Madre Teresa, con Monseñor Romero y todos aquellos que cada año entregan la vida por Cristo. La Salvación camina de sí en sí, de amor en amor, de dificultad en fidelidad. A partir de María, los brazos de la acogida han quedado siempre abiertos. La Iglesia no se ha desprendido jamás de la túnica blanca de la esposa que acoge al esposo. y le dice “¡Ven señor Jesús!” Es el sí de María que ha abierto el camino ancho y espacioso del amor.

Y hoy miles de personas, miles de jóvenes, buscan al Señor, lo acogen, lo siguen en el camino de la cruz, proclaman su resurrección, dicen sí al Señor. El sí de María florece en el sí de hoy. Como dice un canto francés: “El precio de tu amor permanece escondido por siempre en nuestras cosechas”.

18-« Toma contigo a María »

José, el hombre justo, el hijo de David, es invitado a tomar a María, a quien él amaba como mujer joven, llena de gracia y de nobleza, virgen, como dice Lucas, y ya esposa suya. Pero la mujer que él acoge ahora en su casa, como le dice el ángel, es mucho más que una joven llena de gracia. Es una joven y madre, ella lleva en sí al Hijo de Dios. José es invitado a acoger esta joven madre de un hijo que es don del Espíritu Santo.

Su amor humano por la joven toma ahora el camino de la salvación, un amor ya no solamente de intercambio entre él y María, sino un amor centrado sobre Jesús y un amor de la misma naturaleza del amor de Dios. José es la segunda persona de la humanidad que recibió al Hijo que nos fue dado, y que se puso a su servicio. Pero a la segunda persona que acoge al Hijo se le dice: “Toma contigo a María”. No sólo al Hijo, sino también a la Madre.

En esta acogida él se vuelve un modelo de todo verdadero cristiano y de la Iglesia: “Toma contigo a María, porque lo que ha sido engendrado en ella, proviene del Espíritu”. La Iglesia también acoge a María porque ella está llena del Hijo de Dios. La Iglesia también no acoge solamente a Jesús, sino también a la Madre, “Toma contigo a María”.

Una situación semejante será vivida por el discípulo amado, en el evangelio de Juan, cuando Jesús le confía su madre. El evangelista escribe: “Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa”. José es el hombre de la acogida en los primeros momentos de Jesús; el discípulo amado es el hombre de la acogida en el momento final. Dos situaciones que forman como una gran inclusión de toda la vida de Jesús. Tanto en uno como en otro caso, María es la que está presente, la que es acogida. Pero María es también la imagen de la Iglesia. “No temas recibir a María”, esta frase es dirigida a todo discípulo: “No temas recibir a la Iglesia en ti. Como María, ella lleva también a Cristo. Ella también es madre por obra del Espíritu Santo”.

Con José que « toma a María consigo » comienza una constante de la acogida de la Madre del Señor que puede sorprender y que conforta nuestra devoción. Después de José, María y su hijo son acogidos por la familia del pequeño Juan Bautista, después los Magos van a postrarse ante el niño que está sobre las rodillas de María, en la presentación al Templo Simeón toma al niño en sus brazos, pero se dirige también a la Madre para anunciarle la espada que la traspasará y dice que ella participará en la pasión del Hijo. El discípulo amado recibe del Señor, en el momento de la muerte, a María como madre y la acoge en su casa y finalmente la Iglesia naciente reza en la espera del Espíritu, con la Madre del Señor. Constatamos una acogida constante de la Madre y en los dos últimos casos, en Juan y Lucas, María es acogida por la Iglesia naciente. María, presente en la Iglesia, es la última imagen que tenemos de ella en las Escrituras.

Esta acogida se realiza siempre en un clima de amor: qué gozo para José tomar a María, su esposa, como esposa. Qué gozo para el discípulo amado tomar consigo a María, como madre. Este gozo se encuentra en la Iglesia de todos los tiempos, que acoge a María como la madre amada, alabada,

digna de la gratitud de todos los discípulos. Todos los verdaderos discípulos del Señor ponen a María en su vida. José nos abre la puerta de esta acogida.

De hecho, María y José viven dos situaciones muy cercanas, en paralelo, y la gracia une muy fuertemente a esta pareja como lo muestra este cuadro:

María (en Lucas)	José (en Mateo)
María es una mujer joven casada con José	José es un hombre joven casado con María
María recibe el anuncio del ángel	José recibe el anuncio del ángel.
El ángel dice: “No temas María”.	El ángel dice: “No temas José”.
El ángel explica a María que ella tendrá un hijo por obra del Espíritu Santo	El ángel informa a José que el hijo de María viene del Espíritu Santo.
El ángel dice a María: “Tu le darás el nombre de Jesús”.	El ángel dice a José: “Tu le darás el nombre de Jesús”.
María se hace disponible: “Yo soy la esclava del Señor”.	José se hace disponible: “Él hizo como el ángel le había dicho”.
Por María, Jesús se vuelve miembro del pueblo Judío.	Por José, Jesús se vuelve miembro de la familia de David.
<i>María sigue siendo la mujer de José.</i>	<i>José sigue siendo el esposo de María.</i>
<i>Jesús nace en una familia completa</i>	<i>Tiene una madre y un padre. Él va a recibir un amor completo, el de la madre, el de un padre que van a permitirle tener una personalidad humana equilibrada.</i>

19-Padre de un hijo que no ha engendrado

La escena de Mateo 2, 13-23 que presenta la huida a Egipto, destaca la paternidad de José aunque señale al mismo tiempo, discreta e insistentemente, que José es ajeno a la procreación de Jesús.

El niño constituye el núcleo del cuadro: él es el perseguido, el que debe ser salvado, el que revive la historia de su pueblo; huye a Egipto, es denominado el Hijo y el Nazareno. En estos versículos, el niño es nombrado ocho veces. Al niño se le atribuye un valor absoluto, no sólo porque se trata de Jesús, sino también porque se trata de un niño. (Bajo el título de *Nazareno* se oculta una alusión a David, pues las letras originales *nzr* significan *retoño* y aluden a la profecía: “Un retoño saldrá del tronco de Jesé” (Is. 11, 1-10), antepasado de David. Mateo hace alusión a la identidad de Jesús, hijo de David).

Se nos presenta a José como verdadero padre. Él es el responsable del niño y de la madre, el jefe de familia y como tal, recibe los mensajes del cielo y los lleva a cabo. Hace todo lo posible para que el niño y su madre estén fuera de peligro: huye de noche, emprende el camino del exilio y luego, de regreso, evita Judea como lugar de asentamiento. Galilea y Nazaret serán lugares más seguros para el niño. En todo ello reconocemos la verdadera paternidad de José: se hace responsable, salva al niño y a su madre, asume el riesgo del destierro, comparte las amenazas sobre el niño, sobre la pequeña familia. José asume el papel totalmente contrario al de Herodes: éste mata a los niños, José salva al niño; Herodes vive para sí mismo, José vive para los demás. Tal es la paternidad de José, una paternidad verdadera. José podría ser propuesto como patrono de cuantos se comprometen en favor de la vida, de cuantos crean estructuras políticas, sociales, familiares y culturales que protegen y favorecen a los niños. José es un artífice de paz: salva al Salvador.

La misión de José es una verdadera paternidad. Aunque Mateo recuerde insistentemente

que José no es el que ha engendrado al niño, *tiene sumo cuidado en establecer los lazos de posesión*. Cuatro veces se dice: “Toma al niño y a su madre” en lugar de “toma a tu hijo y a tu esposa”. Los lazos biológicos entre el niño y la joven María están reconocidos constantemente; los de José, nunca. Tras los versículos de Mateo 2, 13-23, hay un texto del Éxodo 4, 19-20 que sirve de inspiración: Moisés vivió una situación semejante a la de José. Pero, mientras que se dice a Moisés: “Toma a *tu* esposa y a *tus* hijos...” indicando dos veces el posesivo, en el caso de José el ángel dice: “Toma al niño y a su madre” sin sentido posesivo. En estos versículos, incluso María no está reconocida como esposa de José, cosa sorprendente, pero que reafirma con fuerza la exclusión biológica de José en la procreación del niño.

José ya había vivido todo ello en el momento de su turbación (Mt. 1, 18-25). Sabía que no era el padre del niño que María llevaba en su seno; luego sabrá que este niño tampoco es el hijo de otro hombre sino que procede del Espíritu. El ángel no obstante, le invita a convertirse en padre del niño y a acoger a María en su casa.

Lucas afirma también, con matices distintos, que José no representa nada en la encarnación de Jesús. María es reconocida como madre por Isabel, mientras que José lo ignora. Examinando los himnos de los dos primeros capítulos de Lucas vemos que: Isabel, la madre de Juan, alaba a la madre del Señor; María, la madre de Jesús, da gracias a Dios; Zacarías, el padre del Precursor, glorifica a Dios y ensalza al niño como profeta que precede al Señor. Ningún himno de alabanza es atribuido a José; por el contrario, el que cantará la grandeza del niño Jesús es el viejo Simeón. Esta ausencia extraña de José es intencionada, indica que no representa nada en la encarnación del niño. Encontramos aquí una variante de lo que María había afirmado: “No conozco varón...” capaz de engendrar este niño. Sí, la salvación viene del cielo y no de los hombres; el Salvador es un don a la humanidad.

De este modo cabe interpretar los iconos de la natividad en los que José aparece siempre fuera de la escena central, pensativo y mirando a otra parte.

Invitado para acoger a Jesús, el niño que viene del Espíritu, José se muestra disponible. Pondrá su corazón, su inteligencia, su tiempo, sus fuerzas a disposición del niño, aceptando los momentos de angustia, de riesgo, los caminos del destierro y las sorpresas de este niño tan particular. De este modo se convierte en padre de Jesús.

Contemplando el corazón y la fe de José el ángel le había dicho: “José, hijo de David, no temas en acoger contigo a María *tu* esposa: lo que se engendra en ella es fruto del Espíritu Santo, dará a luz un hijo *a quien pondrás por nombre Jesús*”. Los posesivos indican: dar nombre al niño; es decir, al *suyo*. En cuanto a la madre, María es reconocida como esposa de José. Los Evangelios aluden varias veces a la paternidad de José: “*el padre* y la madre estaban sorprendidos de lo que se decía del niño...” (Lc. 2,33) “*Tu padre* y yo te buscábamos angustiados” (Lc. 2, 48).

José no es el progenitor de Jesús, se convierte en padre de Jesús por la generosidad de su corazón.

Con ocasión de la fiesta de la Sagrada Familia, el primer domingo después de Navidad, la Iglesia propone en la misa la lectura de Mateo 2, 13-23, para reafirmarnos que José es verdadero padre de Jesús, formando con María y Jesús una familia auténtica, modelo para todas las demás.

20-Gracias, José

En el misterio de la Encarnación, que llama particularmente nuestra atención durante el tiempo de Adviento y Navidad, raramente pensamos en el agradecimiento único y especial que debemos a José.

En efecto, su ‘sí’, su disponibilidad para hacer lo que Dios le pide, para acoger a María y al niño, allana el camino de la Encarnación de tal manera que la madre es protegida y el niño no tendrá nada que temer; al contrario, se encontrará con el amor de una familia para acogerlo. El niño gozará de este amor equilibrado que pueden darle un padre y una madre. El ‘sí’ de José desenreda una situación dramática, evita el deshonor de la madre y su lapidación. La disponibilidad de José lo cubre todo; su ‘sí’ envuelve con discreción todo el misterio; él había escondido el drama en su interior, con la rectitud del “hombre justo” (Mt 1,19). El nacimiento más extraordinario de la historia se vestirá de normalidad y Jesús tendrá todas las posibilidades de vivir como cualquier otro niño.

José era “un hombre justo” en tres niveles: para con la Ley que él quería respetar hasta el punto de romper su sueño de amor más hermoso con la joven María. Pero se mostraba aun más justo con las personas, con respecto a María, a quien quería respetar y salvar. La justicia más alta, José la vivía en la búsqueda de la voluntad de Dios: ¿Qué le decía Dios con la joven María esperando un niño? Probablemente José había adivinado que Dios actuaba en María, convertida en arca de Dios. Nadie podía acercarse al arca de Dios; nadie podía pretender apoderarse de ella si ser llamado a hacerlo. El arca de Dios pertenecía exclusivamente a Él.

Ante esa mujer que espera a un hijo, José siente necesidad de retirarse. La solución en la que piensa le lleva a un callejón sin salida. ¿Despedir a María en secreto? Pero ¿cómo la gente no iba a hacerse preguntas?: “¿Por qué esta mujer joven es despedida, repudiada? ¿Qué se esconde detrás de todo esto?” Y si José la devuelve a su familia sin decir que el niño no es suyo, ¿cómo le juzgarán los vecinos?: “¡Le ha hecho un niño y ahora no quiere reconocerlo! ¿Qué clase de hombre es este José? ¡Es incapaz de asumir sus responsabilidades!” José se cubriría de vergüenza. Sí, la solución que está buscando lo

lleva a un callejón sin salida.

José manifiesta ser “un hombre justo” hacia Dios cuando el misterio le es revelado mientras dormía, cuando el ángel le dice lo que debe hacer: “José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo” (Mt 1,20). Porque José era un “hombre justo”, habituado a los encuentros con Dios, supo leer inmediatamente en el sueño la voluntad de Dios. Ante la evidencia de esta voluntad, se vuelve totalmente disponible: “Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer...” (Mt 1,24). José abandona los proyectos de su corazón bueno pero torpe. Acoge a María, la acoge con el niño. El camino de la salvación se allana: Puede venir la Navidad, y más tarde la vida pública, la pasión, la muerte, la resurrección, Pentecostés, la vida de la Iglesia. El ‘sí’ de José se conecta con nuestra propia aventura espiritual hoy.

La vida de José tiene ahora nuevo centro: el hijo dado. Pone todas sus energías al servicio de este niño. Salva a la madre del deshonor, salva a la madre y al niño de la lapidación. Salva asimismo a la madre y al niño de los esbirros de Herodes. Con María y el niño recorre las rutas del destierro. Asegura cariño y protección a ambos. A él le corresponde la educación del niño: lo introduce en la vida social, lo inicia en la oración, le hace descubrir el mundo del amor, comparte de tal modo su oficio con él, que Marcos llamará a Jesús “el carpintero” (Mc 6,3).

El ‘sí’ de José hace que los ‘síos’ de María y de José puedan fructificar libremente. Jesús podrá entrar en una vida social normal: será un hijo de Israel y vivirá la historia de su pueblo. De José, Jesús obtiene una familia, la de David, y unos antepasados, muchos de los cuales fueron reyes. De José asimismo hereda el título de “Hijo de David”. Con este título lo invocarán los ciegos, los leprosos y todos los pobres que estaban esperando la salud y la salvación: “Hijo de David, apiádate de nosotros” (Lc 18,38-39). De este título nace otro gran título mesiánico, el de la realeza de Jesús: “...El Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin” (Lc 1,32-33). Este título de Rey será también el último que darán a Jesús. En la cruz, el motivo de su condena es: “Jesús el Nazareno, el rey de los judíos” (Jn 19,19).

Esas son las razones para decir ‘gracias’ a José, “hombre justo”, disponible, humilde, hombre que construye la familia y la salva, hombre que ama a María, su esposa, y pone todo su ser al servicio del niño que recibe. Además, José está discretamente presente en

los dos grandes títulos mesiánicos de Jesús: “Hijo de David” y “Rey de los judíos”. Es como si hubieran pasado por él, como si él los hubiera dado.

Así pues, debemos a José un inmenso agradecimiento.

21-La primera misión cristiana

En la Anunciación la Buena Nueva es acogida, en la Visitación es llevada, compartida y cantada; una familia entera llega a ser cristiana: “María marcha deprisa a la Alta Montaña, a la casa de Zacarías y de Isabel...”

Este viaje es la primera misión cristiana. Lo que María lleva consigo, lo que lleva a la familia de Isabel es Jesús, el Mesías. María camina deprisa, pero con su criatura. María se apresura como cantando ya su Magníficat. Todos los miembros de la familia de Isabel van a sentirse felices con la llegada de María y de su niño. María impulsa el gran dinamismo de la Buena Nueva. Los viajes de Pablo, de Pedro, de todos los misioneros que la han difundido en el imperio romano, de los misioneros de antaño y de hoy, dan aquí sus primeros pasos.

Todos ellos llevan a Jesús y todos los que le reciben con un corazón sincero desbordan de alegría. Es el caso del etíope encontrado y bautizado por Felipe (Hechos 8), de la familia de Cornelio (Hechos 10) o la de Lidia (Hechos 16). Sin embargo, la familia de Zacarías es la primera en participar de la alegría mesiánica, la primera en acoger como Señor a la criatura que se forma en María. Isabel lo manifiesta con claridad: “¡Mi Señor!”. Nos es muy importante esta primera profesión de fe cristiana en la primera familia cristiana, en la primera misión cristiana. Todo cristiano verdadero afirma de Jesús: “¡Tú eres mi Señor!”

Dos palabras clave sugieren esta idea de misión: “María se levantó deprisa”, cuya expresión en griego ‘**anastàsa**’, levantarse, pertenece a la misma familia que ‘**anàstasis**’, resurrección. Después de la resurrección del Señor, la Iglesia naciente se levantó deprisa y salió a los caminos del mundo para llevar la buena nueva. En la Visitación, María es la imagen de la Iglesia. La segunda palabra clave es ‘**el camino**’, en griego ‘**odos**’, ‘en te odo’, en camino. Para Lucas el camino contiene un valor teológico. Es una de sus características interpretativas. La evangelización se desarrolla a lo largo del camino.

Aunque la atención del evangelista esté puesta en María, en realidad, no es sólo su misión la que nos importa, sino también la de Lucas, la de la Iglesia en sus inicios y la de tantas generaciones de discípulos cuya fe llega hasta nuestras playas y riega nuestra propia fe. Fe cuya primera fuente ha sido la primera misión cristiana, la de María.

Con el caminar de la madre, Jesús comienza también su marcha por los caminos humanos. Permanecerá fiel y se nos unirá a lo largo de nuestros caminos de Emaús. Nos confía la misión y nos dice: “He aquí que estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt.28, 20).

La misión de María ha conocido un gran éxito: ha habido una primavera llena de alegría en la casa de Isabel, con su hijo, Zacarías y María. Esta alegría ha surgido bajo la forma de cantos que han proclamado el amor y la fidelidad de Dios y han reconocido la identidad del hijo de María: “¡el Señor, el Sol naciente, la Salvación que nos libera de nuestros enemigos!”. Los padres del pequeño Juan Bautista proclaman su fe en el niño de su joven prima y preparan a su hijo para ser el Precursor del Mesías. La fe de Isabel y de Zacarías es el terreno propicio donde se enraíza la misión del Bautista.

María es denominada “Reina de los Apóstoles” por todos los que anuncian al Señor. El papa Pablo VI la llamó: “estrella de la evangelización”. También nosotros somos caminantes y nuestro camino se entrecruza con la vida de muchas personas. Felices de nosotros si nuestra salutación despierta en ellas al niño del reino.

22-El primer canto en honor de María

Lc 1, 42-45.

Normalmente, nuestras biblias presentan el cántico de Isabel en prosa; no obstante muchos exégetas, haciendo una retrotraducción del griego al arameo, gustan de resaltarla utilizando su vena poética:

Dios te ha bendecido

Más que a todas las mujeres

Y ha bendecido a tu Niño!

¿Quién soy yo

Para que venga a visitarme

La madre de mi Señor?

Tan pronto como he oído tu saludo

Mi hijo ha saltado de alegría en mi vientre.

¡Dichosa tu por haber creído

Porque se cumplirán las cosas

Que el Señor te ha dicho!

Este es el primer cántico dirigido a María: Ella es la bendita y la Madre del Señor. El saludo de María había colmado de total alegría al pequeño Juan Bautista y, en la respuesta de su madre Isabel, se la proclama dichosa y así le canta y la enaltece por ser madre.

Este canto de Isabel presenta una riqueza espiritual sublime: sobre María recae, pues, la primera bendición existente en los evangelios. Una madre anciana bendice a esta madre joven. Es la bendición de la vida: Madre e Hijo son aquí vinculados en la misma bendición. Madre e Hijo serán ya inseparables y nunca María y Jesús permanecerán separados.

Concluida la estrofa de bendición, Isabel impondrá a María el mayor título que se le podrá atribuir puesto que Isabel, refiriéndose al Niño que ya portaba María, también le tributa y proclama el mayor título que le incumbe: “el Señor” y además, acompañado por ese posesivo que denota tanto respeto y cariño: “*Mi Señor*”. Por primera vez encontramos una completa profesión de fe cristiana. Cada cristiano dice de Jesús: “*¿Tu eres mi Señor!*” María es aquí nominada como “*la Madre de mi Señor*.” Este título se refiere ya al Niño y, de modo especial, se fija en lo llamativo de su divinidad. Expresa ya la fe que la Iglesia de San Lucas profesaba en los años 80. Y todavía más, San Lucas se ha inspirado en el pasaje (2 S 6, 1-11) cuando el Arca de la Alianza iba a ser trasladada a Jerusalén y David exclamó: “¿Cómo va a ser posible que venga a mi casa el arca del Señor?”. En efecto, el Arca permaneció en la casa de Eved Edom “*tres meses y la familia fue por ello bendecida abundantemente*”. Para David se trataba, evidentemente, del Arca del Señor, y para Isabel, del mismo modo, se trataba de la Madre del Señor. En ambos, se trataba del mismo Señor Dios. Cuatrocientos años más tarde, el Concilio de Éfeso tributaría, solemnemente a María el título de *Theotokos*, “Madre de Dios”.

Tras el cántico aludido de Isabel, se percibe ya la primera bienaventuranza de los evangelios: “feliz tú que has creído...” Esta bienaventuranza de la fe, es el fundamento de las demás y es necesaria para hacerse merecedor de las grandes bienaventuranzas de Jesús: “Felices los pobres...”. Para entonces, se precisa poseer ya la fe. Esta bienaventuranza es también la última que proclamarán los evangelios: “felices más bien, los que han creído, sin haber visto” (Jn 20, 29). María vivió de este modo, la mayor de las bienaventuranzas: la de la fe. También Juan en las bodas de Caná presenta a María como modelo de esa fe cuyo fundamento y meta es Jesús. María es la primera en vivir una fe cristiana.

Si observamos el círculo de personajes que toman parte en el cántico de Isabel, advertimos el siguiente orden: María y su Niño; María y el Señor, Isabel y su niño; María

y el Señor. En la base de este círculo se encuentra el Señor Dios, objeto de la fe de María, que también es el que está en la cima, objeto de la fe de Isabel: El Niño-Dios. Los personajes se han agrupado: María-Jesús, María y el Señor; Isabel-Juan; y María y el Señor. Las madres, simétricamente se miran por un lado y por otro, se miran los hijos. El Señor Dios, mientras tanto, queda en la base y en la cima del círculo de la salvación. (Aquí vemos cómo los evangelistas además de inspirados, fueron también excelentes escritores).

Este primer canto en honor de María goza de las garantías más sólidas.

-El inspirador es el Espíritu Santo.

-Es Lucas el que inserta y destaca esto en su evangelio y también fue

-la comunidad primitiva lucana la que lo asumió.

-La gran Iglesia de los Apóstoles fue la que reconoció esto como parte integrante de la revelación.

Hoy, todas las iglesias leen este himno de Isabel con verdadera emoción.

Este cántico de Isabel y del Espíritu inicia y autoriza otros cánticos que, a lo largo de los siglos, han florecido en las Iglesias, para cantar y proclamar las glorias de la Madre del Señor, como nos ofrece un ejemplo la Iglesia Copta de Etiopía.

Virgen María, Madre de Dio,

Tú eres el incensario de oro

Que porta el carbón encendido.

Bendito a quien lo recibe desde el santuario,

Porque borra los pecados

Y destruye las faltas.

El Verbo del Señor

Es el que se encarnó en Ti,

23-El Magníficat

(Lc. 1, 46-55)

El Magníficat —un retrato de su alma, por decirlo así— está completamente tejido por los hilos tomados de La Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada. María es, en fin, una mujer que ama. ¿Cómo podría ser de otro modo? Como creyente, por su fe, piensa con el pensamiento de Dios y quiere lo que es la voluntad de Dios, no puede ser más que una mujer que ama. (Benedicto XVI encíclica: “Deus caritas est” (41 – 25 del 12.2005).

El Magníficat fue el cántico con que María respondió al himno de Isabel y se conoce con ese nombre. María en esta alabanza dirige y orienta todo su cántico hacia Dios al que en todos sus versículos glorifica desde el primero al último. Esto es una característica propia de María. Ella siempre se centra y dirige hacia Dios o su Hijo Jesús. Así lo hizo en Caná. Hoy, en todos los lugares de peregrinación en donde Ella es honrada, las celebraciones en honor de María van unidas a las celebraciones eucarísticas en las que su Hijo es anunciado y festejado.

Desde siempre, el Magníficat ha quedado inserto entre los cánticos de alabanza en la denominada corriente *de los nuevos cánticos*. Tiene la estructura de la oración bíblica llamada *berakà*, que es una bendición, una acción de gracias. Es una *berakà* ascendiente, una alabanza que sale hacia Dios, mientras las *berakà* descendientes son las bendiciones que Dios nos envía.

El llamado “cántico nuevo” se distingue y constituye un verdadero salmo improvisado y entretejido espontáneamente con citas bíblicas. En efecto, en el Magníficat, María se nos presenta “*como una Biblia abierta*”. Es precisamente, el teólogo protestante France Quéré quien lo afirma en su libro *María*, Desclée de Brouwer, París, 1996. María va desgranando una tras otra citas, como si todo el Antiguo Testamento quisiera estar presente en los labios de María y pasar así, al Nuevo Testamento.

Se puede decir que el hilo que une el Magníficat son *las promesas*:

1-Hechas a Abraham,

2-Mantenidas de generación en generación bajo el *amor* de Dios, un Dios fiel, presente, activo.

3-Cumplidas totalmente en Maria, en el niño que lleva en su vientre.

El centro del Magníficat es: “a ensalzado a los humildes”.

Las siete acciones indicadas en el cuadro van de la misericordia (amor) a la misericordia. Dicen que toda la presencia de Dios con su pueblo es amor activo, presente, Dios envuelve a su pueblo y a la historia de su pueblo con su amor. Al centro de estas acciones, al centro del amor de Dios hay el hecho de “enaltecer a los humildes”.



El Magnificat fue, ciertamente, un cántico inspirado y podemos ver perfectamente en él el concepto espontáneo y claro que María tenía de Dios, pero al cantar a Dio, aparece también nítida y clara la identidad de la joven virgen Maria.

24-El Rostro de Dios en el Magníficat

Es un retrato muy rico y cuyos principales matices son.

1º Es un Dios Salvador: No un salvador, meramente teórico, sino un salvador de hecho. No es el de la experiencia ni el de las convicciones vividas y repetidas en el pueblo de Israel; es, más bien, un Salvador personal: “*¡Dios, mi Salvador!*”. Fácilmente, podemos adivinar quién es este Salvador para María. Ella ya ha oído en la misma voz del ángel el nombre de este Salvador: su Hijo Jesús: “Dios Salva, Dios Salvador”.

2º Es un Dios que hace maravillas: María considera detenidamente, lo que ya está a punto de ocurrir. Es extraordinario: ¡Ella va a ser la madre del Hijo de Dios! Esta es la maravilla que pone colmo a todas las maravillas que Dios había hecho a favor de su pueblo: la liberación de la esclavitud de Egipto, el don de la Alianza, la Ley, la Acogida al pueblo de Israel como propiedad particular de Dios: pueblo santo, pueblo de sacerdotes... El Dios de las maravillas, ofrece con abundancia la vida, la libertad y la nobleza.

3º Todo esto es propio de un Dios cuya naturaleza y esencia es *ser Santo*: “*¡Santo es su nombre!*” Todo cuanto Dios obra en María y cuanto hace a favor de su pueblo, lo realiza porque Él es Santo.

4º Este Dios acoge a los humildes: Dispersa a los soberbios y derriba a los poderosos; despide a los ricos con las manos vacías. David y Acab lo supieron por experiencia: siempre acabaron en desastre cuando salieron contra los débiles y cayeron en la maldad. Dios los humilló por medio de sus profetas y amenazó con destruirlos. A menudo, los salmos recuerdan que Dios sale a favor de los humildes y en contra de los hombres de duro corazón.

5º María va recordando toda la historia de su pueblo y proclama cómo *Dios ha estado presente, activo y preocupado por los suyos*. Él ha sido en el Antiguo Testamento lo que también será en el Nuevo: El Emmanuel, Dios que marcha al frente de su pueblo.

6° María, al recorrer en su cántico toda la historia de Israel, se alegra en Abraham, como patriarca que recibió y recogió la promesa de Dios. Destaca y reconoce que este Dios, *es el Dios fiel* que en Ella ha cumplido y llenado con creces lo que había prometido a Abraham. De generación en generación ha estado con ellos y todo lo va llevando a buen término en el Niño que en Ella se está formando ya.

7° Por María, Dios se manifiesta, ante todo, *como el Dios del Amor*. Toda la Historia de la Humanidad se va viendo envuelta en el amor de Dios como lo manifiesta su actuación en siete acciones de salvación. Tal es la perfección con que Dios obra.

Cuando Ella ruega, contempla este rostro de Dios y ya sueña con ver pronto la cara de su Niño.

25-El rostro de María en el Magnificat

También la virgen deja entrever aquí, inconscientemente, su propia identidad espiritual:

1° *Aparece como una mujer enteramente alegre*, con una alegría totalmente llena de gratitud y admiración. Ya la primera palabra de Gabriel hacia Ella, había sido: *ALEGRATE* y María no dejó de lado la invitación de este saludo. Se dejó iluminar por este mensaje de alegría.

El Niño que en Ella se iba formando era, sin duda, la mayor fuente de alegría existente. María no se dejó afectar por los posibles daños y consecuencias que podrían sobrevenirle: el rechazo y reprobación de la sociedad y, tal vez, de sus propios padres; hasta la posible lapidación. Ella quedó llena de la verdadera alegría cuya fuerza viene del cielo: “Nada hay imposible para Dios”. De esta mujer alegre es de quien, en adelante, podremos decir: “Causa de nuestra alegría”. Efectivamente, el Niño, que Ella ya porta, es toda nuestra ALEGRÍA.

2° *María mujer inteligente*: comprende y a la vez proclama lo que Dios ha llevado a cabo en Ella: “¡El Señor ha hecho en mí maravillas!”. Siempre será característico en Ella, la calidad de sus reflexiones por las que trata de comprender y madurar en su corazón, santuario de oración, todos los acontecimientos que se irán presentando. Tiene un justo sentido e intuición de los mismos: las maravillas que Dios está obrando en Ella, son tan grandes, que: “¡en adelante, todas las generaciones la proclamarán bienaventurada!”.

3° No es orgullo, ya que María se había presentado a sí misma como *la humilde sierva*, que considera su nada, como lo fueron todos los anawin (los pobres) de Israel, pero una nada mirada por el amor,

4° Su corazón de mujer ha sido modelado por el Espíritu Santo al tenor del corazón del Hijo. Como Él, también *Ella acogerá a los hombres hambrientos* y se distanciará de los soberbios, tiranos y de los ricos. María toma opciones audaces.

5° *Es una mujer totalmente arraigada en la historia de su pueblo:* su Magníficat no es un cántico solitario; es el de una mujer solidaria que partiendo de su caso personal, se remonta a través de la historia de su pueblo, hasta Abraham con el que tuvo comienzo la aventura de Israel junto a Dios. En el corazón de María culmina la historia y la esperanza de Israel y en Ella, late el corazón de todo su pueblo.

6° *Es una mujer de profunda fe:* sólo la fe le permitió la lectura de la historia de su pueblo, descubriendo en ella la presencia y la acción de Dios. Sólo con su fe pudo leer también y ver, en su caso personal, la obra de Dios: El Niño que lleva en su seno no es un accidente sino el don del Amor sin límites de un Dios que viene a salvarnos. Esta imagen de Dios que emerge en su cántico es por completo el fruto de su fe.

7° Ante todo, *María es una mujer agradecida:* entre los judíos, la gratitud se expresaba siempre, mediante las alabanzas y las bendiciones. En el idioma hebreo no existe el término “gracias” pero en tal caso, ¿prorrumpir en alabanzas no es ya dar las gracias? ¿saltar de alegría no es ya decir: muchas gracias? en María la gratitud surge espontáneamente, abundante y gozosa.

Cuando leemos, rezamos y cantamos, sobre todo, el Magníficat, hacemos nuestros, la fe, el gozo y la alabanza con las que María glorifica a Dios. Cada vez que repetimos: “todas las generaciones me proclamarán dichosa” comprendemos que esta pequeña frase subraya la alabanza reservada a la madre. Y repetimos esta profecía con alegría, dándole también el debido cumplimiento. Hoy pertenecemos a las generaciones que con gozo y gratitud, la exaltan: “todas las generaciones me dirán bienaventurada”: Sí, Madre de Jesús: ¡te proclamamos dichosa! Tú eres la causa de nuestra ALEGRÍA.

Lutero en su comentario sobre el Magníficat, escribió: “Este santo cántico de la bienaventurada y dulce Madre de Dios debería ser aprendido de memoria, por todos... En este cántico, María nos enseña cómo debemos amar y alabar a Dios, con un corazón desprendido de todo interés personal.”

26-“Y ella dio a luz a su hijo primogénito” - 1

(Lc. 2,7)

Este texto aunque muy discreto, nos coloca frente a una verdadera maternidad. Todo lo humano aparece allí. María es el testigo por excelencia de la encarnación, de la humanidad de Jesús. Da a luz al niño y enseguida se ocupa de él; ella es una madre y Jesús un recién nacido como uno de los nuestros, que tiene necesidad de ser envuelto en pañales y de ser colocado en una cuna. La humanidad de María y la humanidad de Jesús se conjugan perfectamente. El hecho de envolver y acostar al niño manifiesta que se le acoge en el amor.

La primera experiencia de Jesús en nuestra condición humana será la de ser amado. María y José lo garantizan y es realmente magnífico que nuestra humanidad haya ofrecido a Dios el amor en primer lugar. “En nuestros días, la organización de la enseñanza hace que los padres no sean los únicos en asegurar toda la educación de sus hijos: la complejidad de nuestra cultura se lo impediría. Pero en el mundo de María y de José, los padres lo dan todo o casi todo. Existe la instrucción religiosa en la sinagoga, pero lo esencial del aprendizaje se recibe en casa del padre o de la madre. María y José son los que tienen como misión ‘modelar’ a Jesús”⁸. Lo van a acompañar enseñándole el oficio de ser hombre.

Referente al final de la infancia de Jesús, cuando se dice que “volvió a Nazaret y les estaba sometido”(Lc. 2,52), Richard Rohr comenta: «Jesús tuvo que encontrar en ellos un amor extraordinario. Podemos afirmar esto de María y de José contemplando a Jesús. Una persona tan entera y libre como Jesús, tuvo que tener unos padres extraordinarios. Debieron amarlo sin manipulación, sin esos esquemas primitivos que inculcan la vergüenza y el miedo, tan comunes hoy. (Añade sobre José): Creo que José tuvo que ser un hombre y un padre extraordinario; de otro modo, Jesús no habría podido llamar a Dios ‘Abba’ de forma tan espontánea. No habría podido confiar de forma tan absoluta en su Padre de los cielos y aceptar la forma masculina de Dios si no hubiera tenido un padre humano, especialmente bondadoso”⁹. Bernard Martelet, citando al padre Fabre, escribe:

⁸ Augustin George, padre marista, *Des Maristes parlent de Marie*, p.190.

⁹ Richard Rohr, *The Good News according to Luke*, pp.87-88.

“Al principio, Dios creó el ser humano a su imagen y semejanza, como muestra de su amor extraordinario por nosotros. Ahora, una mujer comunica su semejanza a Dios; expresando asimismo el amor extraordinario entre la madre y su hijo; su hijo que es Dios ».¹⁰

Y si pensamos en la ‘misión’, no hay nada más apropiado para un cristiano que ofrecer Jesús al mundo. Abordamos aquí el aspecto culminante de la misión de María. No sólo ha dado al mundo al hijo de la promesa, sino que lo ama, lo educa y lo guía junto con José. Lo que ambos nos ofrecen es un hombre adulto, de un equilibrio psicológico sin par, un hombre apto para ser el Mesías, el Salvador, el Hijo de Dios, el Señor, como lo reconoce Isabel y toda la Iglesia naciente.

Respecto al gesto de María de envolver a Jesús con pañales, Aristides Serra establece un paralelismo: “Mientras María envuelve a su hijo con pañales, la gloria de Dios envuelve con su luz a los pastores”.¹¹ Dos hechos semejantes que muestran lo que es la salvación: por una parte, una joven madre ocupada en envolver a su pequeño como señal de su amor, de su acogida; por otra, Dios ocupado en envolver a la humanidad con su luz. Nosotros estamos situados en la conjunción de dos amores extraordinarios.

¹⁰ B. Martelet, *A l'école de la Vierge Marie*, p. 95.

¹¹ Aristide Serra, *María di Nazareth*, pp. 23-24.

27«Y ella dio a luz a su hijo primogénito » - 2

(Lc. 2,7)

El versículo 7: «Y ella dio a luz a su hijo primogénito », requiere una explicación. La Biblia de Jerusalén presenta una nota muy clarificadora: “En griego bíblico, el término ‘primogénito’ no implica necesariamente otros hermanos menores sino que subraya la dignidad y los derechos del hijo”

Es ante todo, *un término jurídico* en la sociedad judía, ligada a las promesas hechas por Dios y es asimismo un término que contiene *un valor religioso*, ya que el primogénito pertenece a Dios. Sobre el primogénito reposaba por así decir, una consagración especial. Encontramos este aspecto en Esaú y Jacob o Manasés y Efraín. En la carta a los Hebreos (12,16-17), recordando el caso de Esaú, dice: “Vigilad para que no haya libertino o profanador como Esaú quien, por un plato vendió su primogenitura. Como sabéis, cuando quiso luego heredar la bendición, fue excluido y no tuvo ninguna posibilidad de cambio, a pesar de sus ruegos y de sus lágrimas”. Rubén es el primogénito de Jacob, pero pierde su dignidad al mantener una relación sexual con una concubina de su padre Jacob (Gn.35, 21-22...) La muerte de los “primogénitos” egipcios es también significativa pues se golpea a la nación en su parte más representativa. “En la familia patriarcal, el hijo mayor tiene una posición privilegiada: sucede al padre como jefe de familia y recibe el doble de heredad (una bendición especial que reconoce el derecho de primogenitura)”. Israel, que es “el hijo mayor de Dios” (Ex.4, 22), tiene un papel privilegiado en la historia de la salvación y Egipto pagará caro al no conceder la libertad al “hijo mayor”.

El “hijo primogénito” se caracteriza sobre todo por su pertenencia especial a Dios: “Conságrame a todo primogénito nacido del seno materno entre los hijos de Israel, tanto de los hombres como de los animales” (Ex. 13, 2). Más tarde este deseo se aplicará incluso a las primicias de la tierra. (Lévitico, 23,10).

Para ciertos grupos protestantes y anglicanos, la expresión ‘primogénito’ sugiere otros

nacimientos; así pues, Jesús no es el único hijo de María y de José ²¹⁰. No todos los teólogos protestantes piensan así. François Bovon, de Ginebra se pregunta: “¿Por qué Lucas emplea la expresión ‘primogénito’? Este adjetivo ‘primogénito’ no muestra por sí mismo una prueba decisiva de la existencia de otros hermanos de Jesús según la carne. ¿No aludiría este adjetivo a la voluntad primera del Dios Creador a quien pertenece Jesús? ¿Se trata, tal vez, de un título cristológico para designar al Señor con su encarnación y su resurrección, como al primogénito de una nueva humanidad ? Este adjetivo calificativo es muy raro en la Biblia. La palabra recuerda el nacimiento de los padres o incluso, la existencia de Israel, el primogénito de Dios. De todos modos, Lucas sitúa a Jesús en su relación única con el Padre y no en su relación con otros hermanos o hermanas”.¹² Lucas cita de nuevo este título en el momento de la Presentación, con la aclaración precisa que “el primogénito pertenece a Dios”.

Para el evangelista la significación del título es: ‘este niño pertenece a Dios de manera especialísima, es su Primogénito’. Pienso que en efecto, el término ‘primogénito’ forma parte de los títulos dados a Jesús en esta perícopa del nacimiento. Los títulos desplegados en torno a Jesús nos ofrecen el conjunto siguiente: en la ciudad de David, Jesús será llamado hijo de David, María da a luz a su hijo ‘primogénito’ que es Salvador, Cristo, Señor. Lucas está interesado por la identidad de Jesús. Para el luterano Frederick W. Denker, el título ‘primogénito’ subraya que este niño tiene derecho a la herencia del trono de David (Cf. 2 Chron. 21,3)

EL PRIMOGÉNITO

El término « primogénito » tiene en la Biblia un *valor sociológico y teológico*.

y en general, de todas las sociedades tradicionales basadas en la agricultura y el pastoreo. El primogénito es el que normalmente se convierte en jefe de la familia, del clan. En los problemas, en ausencia de los padres, el primogénito convoca a la familia, guía los debates, sanciona las decisiones. Modela y asegura la unidad de la familia. Su importancia social es tal que siempre se le llama “primogénito”, aunque sea el único hijo. Lo

¹² François Bovon, *Evangile de Luc*, p,120.

testimonia un sarcófago encontrado en Jerusalén, donde está escrito que una madre murió al dar a luz a su “primogénito”.

Pero el término asume todavía más un *valor teológico*. De este modo está en relación con otros pasajes de la Escritura referentes a Jesús:

- 1-“Todo hijo primogénito será consagrado al Señor” (Ex 13,2, Lc 2,2).
- 2-“(Jesús es) el primogénito de todo lo creado” (Col 1,15).
- 3-“Primogénito de entre los muertos para que tenga la primacía en todo” (Col 1,18, y Apoc. 1,5).
- 4-“Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicia de los que han muerto”(1Cor 15,20).
- 5-“Para ser el primero de una multitud de hermanos” (Rom. 8, 29).
- 6-“Él, el mayor, no tendrá vergüenza en llamarnos ‘hermanos’ ” (Hb 2,17).
- 7- “Los que han sido salvados por el Hijo mayor forman la asamblea de ‘primogénitos’ ” (Hb 12, 23).
- 8-El profeta Zacarías describe la lamentación que se hace por el justo como la que se hace por un primogénito: “Entonces me mirarán como al que traspasaron. Harán duelo por él como por un hijo único” (Zc.12, 10).

Lucas se sitúa en este nivel teológico y encuentra a Juan en el Prólogo donde el Verbo se muestra como el Hijo único, lleno de gracia y de verdad. El pensamiento bíblico está atento a la dignidad del hijo primogénito.

28-Madre e hijo

Entre madre e hijo palpita el corazón de la vida. Una madre encinta lleva en sí una nueva persona, un universo humano único. La semilla del misterio germina en ella, arraiga en su cuerpo, en su corazón, en su inteligencia: génesis de una nueva eternidad.

La madre ama, alimenta, mece, protege, educa y asume la parte de dolor inherente a toda maternidad. Acoge a otro ser, favorece el salto a la vida de otra persona en el mejor clima de amor posible. Con su amor, su inteligencia, con su sentido de la responsabilidad, la madre teje la psicología profunda del hijo.

Entre María y el niño Jesús existe un flujo único de humanidad que va de la madre al niño y del niño a la madre. María genera y se adentra en lo más íntimo de la humanidad de Jesús. Si a una persona le quitamos lo que la madre ha puesto en ella, su personalidad desaparece. Sin la madre, el hijo no es nada. Pero la madre, a su vez, cambia totalmente gracias al hijo que lleva en su seno: hay una comunión-ósmosis profunda entre esas dos personas y, en nuestro caso, entre María y Jesús, una comunión física, afectiva, psicológica, espiritual. Juan Pablo II, en su admirable Carta a las mujeres del 29 de junio de 1995, escribía: “Te doy gracias, *mujer-madre*, que te conviertes en seno del ser humano con la alegría y los dolores de parto de una experiencia única, la cual te hace sonrisa de Dios para el niño que viene a la luz y te hace guía de sus primeros pasos, apoyo de su crecimiento...” Por su parte, Benedicto XVI retoma el mismo pensamiento: “Ella (María)... ha sido la primera en ver el rostro de Dios hecho hombre en el fruto de su vientre. La madre tiene una relación muy especial, única y de alguna manera exclusiva con el hijo recién nacido. El primer rostro que el niño ve es el de la madre, y esta mirada es decisiva para su relación con la vida, con sí mismo, con los demás, con Dios; es decisiva también para que él pueda convertirse en un “hijo de la paz” (Benedicto XVI, homilía del 1º de enero de 2010).

Christa Meves, madre, sabia, psicoterapeuta, con diez años de experiencia en niños aquejados de traumas internos, dice: “El niño, al nacer, distingue el latido del corazón de su madre, su voz e incluso el gusto de la leche materna, tan semejante al del líquido amniótico... Instintivamente las madres acercan a su lado izquierdo a sus hijos que lloran, para que puedan oír de nuevo los latidos del corazón, ese ritmo familiar para ellos desde el seno materno.” (Tomado de *Día de oración en honor de María, Madre de todos los pueblos* – Pentecostés, 31 de mayo de 2009, LanXess-Kolnarena – Colonia – Alemania).

“Cada uno de nosotros recibió la gracia... en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo

–la Iglesia” (Ef 4,7.12). Pero María recibió la gracia de acoger en su seno y dejar crecer en su carne el cuerpo de Jesucristo mismo.

Tales son los lazos que Dios teje entre la madre y el niño, entre él y nosotros; nuestra humanidad es penetrada por la divinidad, mientras Dios toma nuestra carne. La humanidad resulta iluminada mientras que la divinidad se “difumina” en nuestra carne opaca.

29-El corazón,

Hogar de la fe.

(Lucas 2, 19-51)

Lucas presenta a María en dos ocasiones casi idénticas y con términos muy parecidos: *“María, por su parte, guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”* (Lc. 2, 19) y *“su madre conservaba fielmente todas estas cosas en su corazón:”*: (Lc. 2, 51).

María se nos presenta así como la mujer sabia y prudente que guarda y medita en su corazón todo cuanto le llega de su Hijo. En la Biblia se considera al corazón como la parte más noble y excelente del ser humano. Es verdaderamente el santuario en el que Dios se hace presente. En su corazón fue donde María se recogía para orar. En el corazón va a guardar cuanto se le diga sobre su Hijo: “Guardar una cosa en el corazón” supone una acción reposada y constante, propia sólo de personas que viven hacia adentro. Así la encontramos el día de Navidad y doce años más tarde en la pérdida y encuentro de su Hijo en el Templo. Tal era su costumbre.

Y ¿qué es lo que tan cuidadosa y fielmente guardaba en su corazón?: Todos los mensajes y hechos que le van llegando e iluminando sobre Jesús. Todo cuanto Gabriel le ha dicho y lo mismo, todo cuanto después le dirán: Isabel, los ángeles, los pastores, Simeón, Ana la profetisa e, incluso, la respuesta de Jesús: *“¿no sabéis que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?”* Lc. 2, 49. María estaba siendo constantemente evangelizada por los demás, y todo ello lo iba meditando y profundizando en su corazón de tal manera que, cada vez, va teniendo una visión más clara y límpida sobre su Hijo. Llega, incluso, a no comprender lo que Simeón le afirma sobre el Niño y lo que Jesús, ya joven y adolescente, le responde. Pero en Ella, todo se sobreponía en la actitud del creyente: todo lo guarda en su corazón y allí un día, en la oración, resplandecerá con toda luz.

Los dos casos referidos por Lucas, aunque parecidos, son entre sí muy diferentes. Da la impresión de que en un primer tiempo, Lucas va a terminar su segundo capítulo con la visita de los pastores y la circuncisión. Tal era la normal conclusión de los acontecimientos de la

Navidad. Había trabado muy bien entre sí los acontecimientos que ocurrieron en el nacimiento de Juan y en el de Jesús. El clima era de gran alegría como así se lo había confirmado el ángel a los pastores: “vengo a anunciaros una gran noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, el Cristo Señor” (Lc. 2, 10-11).

Pero Lucas, tras esta primera conclusión, añade el acontecimiento de la Presentación del Niño en el Templo (Lc. 2, 22-38) y la pérdida del niño Jesús en Jerusalén (Lc. 2, 41-52) y llega a una segunda conclusión. Pero en estos dos últimos acontecimientos, anuncia la aparición del sufrimiento: una espada de dolor atravesará el alma de María y la pérdida del Niño durante tres días, en Jerusalén, en tiempos de la Pascua, es la primera lastimosa experiencia de la Pasión.

En ambas conclusiones, Lucas utiliza el verbo guardar, en griego: “terein” pero precediendo al verbo con prefijos diferentes: para el gozo de la Navidad el prefijo “syn”, dando “synterein”, uniéndose entre sí los diversos elementos en un movimiento centrípeto. El prefijo “syn” lo vemos en los términos: sinfonía, simpatía, síntesis, simposio... En el segundo caso, hemos visto que dominaba el dolor y los movimientos llevan un sentido centrífugo. Lucas emplea el prefijo “dia”, dando “diaterein” que lleva implícita cierta tendencia a la ruptura y a la separación, como en las palabras diafragma, diálisis, diámetro, diatriba y, sobretodo, en diablo que es quien siembra la gran división y la ruptura en el corazón de los hombres.

En la alegría como en la pena, María sabe guardar todas esas cosas en su corazón y lo hace en la oración y el esfuerzo interior, tratando de comprender. Esto nos permite afirmar que María es la primera mística y la primera teóloga cristiana.

En esta mujer que guarda todo en su corazón admiramos y adivinamos a una mujer de una probada grandeza en la que reina la paz, la reflexión y esa silenciosa oración a la que llamamos contemplación.

A este corazón de la madre se opone el corazón de los dos discípulos de Emaús, “tardos de corazón para creer” (Lc 24,25) y más generalmente el corazón de los discípulos en

Marcos: “¿Es que tenéis la mente embotada? ¿Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís? (Mc 8, 17-18).

El corazón bíblico:

Leb, Lebàb, Kardìa (860 veces en el AT, más de 1000 con el NT. Una sola vez por Jesús.)

1-Inteligencia Sabiduría	2-Voluntad Decisiones	3-Sentimientos Emociones	4-Inconsciente Interioridad
“La mente inteligente procura el saber, la boca del necio alimenta necesidades.” (Pr 15,14).	“El hombre proyecta su camino, pero Yahvé asegura sus pasos.” (Pr 16,9). “Corazón que trama planes perversos, pies ligeros para correr hacia el mal,” Pr 6,18).	“Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón...” (Dt 6,5) “Me has robado el corazón, hermana y novia mía, me has robado el corazón con una sola mirada,” (Ct, 4,9).	Dios es el “kardiognostés”: el que conoce los corazones (Hec, 1,24 y 15,8).

Lo que Salomon le pide a Dios es “un corazón dócil, un corazón atento para juzgar a su pueblo, para discernir entre el bien y el mal.” Y Dios le responde dándole “un corazón sabio e inteligente...” (1Re 3,5.7-12).

El prefacio de la fiesta del corazón inmaculado de María nos muestra bien las cualidades de este corazón:

Verdaderamente, es justo y bueno alabarte,
ofrecerte nuestra acción de gracias,
siempre y en todo lugar, a ti, Padre santo,

Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, nuestro Señor.

Ya que concediste a la Virgen María

un corazón prudente y dócil

para que cumpliera perfectamente tu voluntad;

Un corazón nuevo y apacible

en el que pudieras grabar la ley de la nueva Alianza;

Un corazón sencillo y puro,

para que pudiese concebir a tu Hijo en su virginidad

y contemplarte para siempre;

Un corazón firme y vigilante

para soportar sin desfallecer la espada del dolor

y esperar con fe la resurrección de tu Hijo.

30-Una espada

te traspasará el corazón

Luc 2, 22-35

Cuando en la presentación de Jesús en el Templo, el primogénito que pertenece al Padre, el viejo Simeón tomó al niño en sus brazos, y repitió un himno lleno de alegría para los que esperaban el consuelo de Israel. El Niño fue ornado con títulos hermosos: "¡salvación preparada para todos los pueblos, luz para iluminar a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel!" Ese profeta, lleno del Espíritu Santo, terminó con una gran bendición sobre el Niño. Todo fue muy hermoso.

De repente, el himno se volvió oscuro y trágico, anunciando mucho sufrimiento para el Niño y para la madre: "este Niño está aquí para la caída y la elevación de muchos en Israel y para ser un signo de contradicción. Y a ti, una espada te traspasará el corazón. De este modo serán desvelados los debates de muchos corazones! "El díptico sobre el niño está entre luces y sombras".

¿Por qué Simeón se dirigió a María y no a José, la cabeza de la familia, y por qué sólo a María? Probablemente porque sólo la madre estará presente durante toda la vida de Jesús y asistirá al drama del Calvario. Sin duda, también porque María es siempre la imagen y la anticipación de la Iglesia. Lo que se dice aquí de la madre María, también se dice de la madre Iglesia, que caminará durante los siglos atravesada por una espada. La Iglesia no será diferente de su Maestro, no tendrá una existencia pacífica. La última de las Bienaventuranzas será la condición más habitual: "Bienaventurados seréis cuando os insulten, os persigan y digan de vosotros todo tipo de mal por mi causa."(Mt. 5, 11). Esto es muy cierto hoy.

La segunda parte de la profecía, la que se dedica a María, une al Niño y a la Madre en una misma aventura: él, signo de contradicción; ella, traspasada; el todo "revela los debates del corazón". Como la bendición de Isabel unía la Madre al Niño, así toda la aventura dramática del Hijo repercute en el alma de la Madre, y, a continuación, en la Iglesia. Es sorprendente que las palabras de Simeón no terminen sobre el Niño, sino sobre la Madre. ¿Es porque la

Madre Iglesia tendrá que vivir una pasión mucho más larga, en el tiempo, que la de su Maestro? Pero ella no tendrá que compartir la pasión de su Señor que, sí como su Señor, ella será para los hombres "un signo de contradicción", un signo de contradicción que obligará a los hombres a revelar su elección: los debates de sus corazones.

¿Es esta espada sólo el momento dramático del Calvario donde la Madre comparte el martirio del Hijo? Sin duda lo es, y el rechazo del Hijo por parte de los jefes de su pueblo, pero no sólo eso. La madre, la Iglesia y cada discípulo, están constantemente desafiados por la Palabra, por Jesús, para elegirlo constantemente. Es el signo que revela las opciones que hacen los corazones. Es la Palabra presentada en la carta a los hebreos con su fuerza de penetración y de división: "la Palabra de Dios es viva y eficaz y más aguda que espada de doble filo. Penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula. "Ella cribará los movimientos y los pensamientos de los corazones" (4, 12 HB), (Ap. 19, 13-15).

Simeón dijo proféticamente a María que permanecer fiel al Hijo significa parecerle, ponerse de su lado y, por lo tanto, convertirse en experto del dolor: «es él quien, en su vida terrenal, ofreció oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas a quien podría salvarle la muerte... ».

“Siendo Hijo tuyo, aprendió a obedecer por sus sufrimientos...”(Hb. 5, 7-8). Como el hijo, María no tendrá una vida tranquila, ni tampoco la Iglesia, ni cualquier discípulo que tome en serio a su maestro. Todos están invitados a tomar su Cruz.

Tener el alma traspasada es la condición indispensable para estar al lado de Jesús. La espada habla de lealtad. Encontramos a María al pie de la Cruz, su corazón de madre traspasado, un corazón que ha permanecido fiel al Hijo. Ella, cuya alma fue traspasada, puede verdaderamente ayudar a la Iglesia y a cada discípulo a permanecer fieles.

31-El grito de una mujer

San Lucas (11,27-28) ha conservado para nosotros el grito de una mujer, grito precioso, pero velado, como si Jesús quisiera apagarlo.

“Cuando decía esto, una mujer de la multitud alzó la voz y dijo: ¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron! Él replicó: ¡Dichosos, más bien, los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!”

El grito de la mujer surge de su admiración hacia el profeta Jesús, y a él se dirige: la madre es dichosa por tener a un Hijo semejante. Todo está motivado por la grandeza de Jesús: él es el centro del asombro y de la alabanza; esa alabanza alcanza también a la madre. La increíble grandeza de Jesús constituye asimismo el fondo de toda devoción mariana verdadera.

Esta alabanza surge de una mujer. Una mujer sabe por experiencia lo que la une a su hijo, pues lo lleva primero en su seno, luego lo alimenta con su leche. En África – pero también en Judea en tiempos de Jesús – la mujer se enorgullece de sus hijos; pierde su nombre propio para convertirse en “la madre de...” El evangelista Juan sólo se refiere a María como “la madre de Jesús”. Para Juan, la identidad eclesial de María es ser “la madre de Jesús”.

Ese grito espontáneo nace de la multitud, de la sencillez de la gente sencilla. ¿No es acaso esta multitud imagen de la Iglesia? En la Iglesia hay tantas voces sencillas que repiten a Jesús: “¡Qué afortunada ha sido tu mamá!” La grandeza de Jesús suscita la alabanza a la madre. Cuando Jesús crece en nosotros, cuando su luz nos llena, entonces su madre crece también en nuestro corazón.

Grito motivado, pues, por Jesús, dirigido a él; grito que viene de una profunda experiencia de mujer; surge de la multitud, de los humildes cuya alabanza es verdadera;

es un grito precioso.

Parece como si Jesús pusiera reparos al entusiasmo de la mujer: “¡Dichosos, más bien, los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!” Da la impresión que Jesús quisiera atenuar esa alabanza a su madre, pero en realidad la amplifica. Le da dimensiones nuevas.

La primera es que la grandeza de María reside en la escucha, una escucha tal que permite a la Palabra de Dios hacerse carne, transformarse en ese Jesús que todos admiramos. Jesús nos lleva a la fuente, al día de la Anunciación, al SÍ de María, que es disponibilidad total. Además la escucha de María se caracteriza por “cumplir y conservar en su corazón todo lo que se refiere a Jesús”.

En la segunda dimensión Jesús nos hace pasar del singular al plural, de la gracia ofrecida a la madre, a la gracia ofrecida a todos: “¡Dichosos, más bien, *aquellos* que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!” La llamada dirigida a María, que parecía extraordinaria y única, resuena para todos: “escuchar y cumplir la palabra”. Los que “escuchan y cumplen” entran en la dicha de la madre. Jesús les propone a su madre como modelo.

Lucas ha hecho bien en conservar el grito de esa mujer: es precioso, es evangelio, verdadera alabanza a la madre. Nos abre la puerta: podemos entrar en la familia de Jesús.

32-María, vista por Juan

El evangelio de Juan ofrece una imagen de la fe de María aún más luminosa. Con ocasión del primer milagro en Caná, Juan sitúa a María como modelo de mujer creyente. Cuando Jesús le dice: “Mujer ¿qué nos va a ti y a mí?” provoca la fe de su madre que se manifiesta en su integridad al mandar a los servidores: “¡Haced todo lo que él os diga!”. Esta fe de la madre se contagia a los discípulos: “Vieron su gloria y creyeron en él” (Nj. 2,11). Desde entonces, esta fe pasa de discípulo en discípulo y llega hasta nosotros. En nuestra fe brilla la de la Madre.

En Juan, todos los milagros piden la fe. Se configuran bajo la forma de una **V** donde la primera mitad de la letra, la fe, a partir de la madre, desciende de milagro en milagro. El tullido del capítulo cinco no tiene fe en Jesús; muchos discípulos del capítulo seis abandonan a Jesús. Su fe se convierte en negación, ruptura, abandono. Jesús es motivo de escándalo y el evangelista hace aquí la primera mención de Judas, el traidor. La fe negativa alcanzará toda su fuerza en la traición de Judas: quiere y logra la muerte de Jesús. (Como oposición a Judas, que se contenta con 30 monedas para vender a su Maestro, encontramos a Nicodemo, que baja de la cruz el cuerpo del Señor y luego le compra más de 30 kilos de aromas. El traidor vende a su Maestro y se hace con dinero. El discípulo fiel gasta dinero en favor de su Maestro).

En la segunda mitad de la letra **V** la fe se manifiesta cada vez más intensa: con Pedro en el capítulo seis: «¿A quién iremos, Señor, tú tienes palabras de vida eterna? Nosotros hemos creído y hemos visto que tú eres el Santo de Dios» (Jn. 6, 68-69). En el capítulo nueve, el ciego de nacimiento se prosterna ante Jesús diciendo: “Creo, Señor” (Nj. 9, 38). Sigue, en el capítulo once, el grito de Marta y de María con ocasión de la resurrección de Lázaro. Pero la pureza absoluta se logra en la Cruz con el discípulo amado y la madre: Es una fe de fidelidad suceda lo que suceda, alimentada por el amor de aquél que ha amado hasta el final.

De este modo, la fe de María y su presencia materna se implican en el evangelio de Juan. María es la madre de Jesús, pero para nosotros es también el gran modelo de fe. “Es la mujer creyente, el modelo de fe”¹³

Su fe ha sido la llama que ha alumbrado la fe de los discípulos y la luz de esta fe ilumina

¹³

Carlo Carretto, *Dichosa tú que has creído*, p. 20.

también el camino de nuestra fe. La presencia de María en el Calvario sostiene la fe de todos los discípulos que viven momentos de oscuridad y de muerte.

33-La fiesta del amor

(Juan 2, 1-12)

María y Jesús en las bodas de Caná fueron invitados a la fiesta del amor. Esto, además de muy bello es muy simbólico. Juan parece querer llamar nuestra atención sobre los novios de Caná para que también nosotros, como ellos, invitemos a Jesús y a María en nuestras celebraciones y fiestas.

Aunque los dos, Jesús y María, fueron invitados, supongo que María fue invitada de un modo especial y como encargada de echar una ojeada sobre la fiesta. Y, efectivamente, Ella fue la que se dio cuenta de que estaba faltando el vino. Ella asume el problema como propio y pone en acción a los sirvientes que la escuchan y obedecen como a persona que tiene autoridad.

En estos dos puntos, María es admirable: primeramente, es la que se da cuenta del problema humano. La fiesta del amor amenazaba por hundirse y venirse abajo. María toma el asunto sobre sí, y se solidariza con la dificultad humana. Ella conocía los sentimientos de su Hijo. Habría podido tratar de resolver el problema acudiendo, de inmediato, a las personas responsables del servicio y de la organización de la fiesta y dejar tranquilo a Jesús ya que Él era un mero invitado. Pero Ella, conoce muy bien a su Hijo, y el hecho de acudir a Él, cambia el centro y el sentido de estas bodas y logra así que Jesús llegue a ser el personaje central. Entonces, al llegar a este punto, María, sencillamente, se retira. Es entonces, cuando los sirvientes acuden a Jesús y se ponen a su disposición y le obedecen: *“haced cuanto Él os diga”*. Pasamos así de la celebración de una pareja humana a las bodas del Mesías; de una fiesta local, a la fiesta de los Cielos y de la Tierra.

María se había contentado con sólo dos frases: *“no tienen vino”*, dejando en las manos de Jesús el problema humano, y diciéndoles: *“Haced lo que Él os diga”*, condición absolutamente necesaria para ser escuchados. Acabado su cometido se retira y deja a Jesús toda la iniciativa.

A primera vista, puede parecernos que no fue fácil conseguir el milagro: *“mujer, ¿qué me atañe esto a mí? Todavía no ha llegado mi hora”*. No hay descortesía en Jesús cuando llama a su madre *“mujer”*. Ese término era frecuentemente empleado por Jesús cuando se dirigía a las mujeres,

(Jn 4,1; 8, 10; 20, 15, Mt 15, 28; Lc 13, 12). También lo empleó desde la Cruz y no tenía la más mínima connotación despectiva. ¿No era esto, modo excelente de darnos entender a todos que María era la nueva Eva, del mismo modo Él, era el nuevo Adán?

Esta petición de María en las bodas, que a primera vista parece no haber tenido el menor éxito; es por el contrario, atendida de una manera total. El agua, símbolo del bautismo colmó las vasijas y se convirtió en vino, anuncio de la Eucaristía. Así, Jesús reveló su gloria a los discípulos que creyeron en Él. Con ellos se había formado ya un nuevo grupo: Jesús, su Madre, sus hermanos y los discípulos. Jesús, que había llegado a las bodas en segundo plano, tras la intervención de la madre pasa al primero. María, al conseguir que este signo se adelantara, logra que se adelanten los demás signos cuando todavía no era la hora. La fe de María abre la puerta a los signos. Y todos ellos anuncian el SIGNO de La Cruz. (En Getsemaní Jesús vió desestimada su petición “¡Padre, si es posible, aleja de mí este cáliz!”. Pero el Padre pidió a Jesús que subiera al Calvario donde Él podría mostrarnos quién es, verdaderamente Dios: el Amor sin límites. En la Cruz Jesús manifiesta su gloria infinitamente más y mejor que en Caná. Es en la cruz donde Él nos salva). Todo esto constituye para nosotros una gran lección, cuando tenemos la impresión de que nuestras súplicas no son escuchadas por el Padre.

El movimiento del texto, sobre Caná, va desde la fe de María hasta la de los discípulos, y desde éstos, hasta la de la Iglesia y hasta nuestra propia fe de hoy día. La fe de María pone a Jesús en el centro de todo y consigue que los discípulos participaran también en esta su fe.

Y que se ofrece al Padre,
Como incienso y sacrificio agradable.

Alégrate Virgen María
Santa Madre de Dios,
Verdadera abogada
Del género humano.

Ruega por nosotros
ante Cristo Tu Hijo.

34-He ahí a tu madre

(Juan 19, 25-27)

Estaban junto a la cruz de Jesús un grupo de mujeres y el discípulo amado. Entonces, la mirada de Jesús se detuvo sobre la madre y el discípulo. Los pone aparte, los toma sobre sí, y obra maravillas: “viendo así a su Madre y junto a Ella al discípulo que amaba, Jesús dijo a su madre: ¡Mujer, he ahí a tu hijo!” y de seguida, al discípulo: “¡Hijo, he ahí a tu madre!”.

Jesús completa así el círculo del amor. Jesús amaba mucho a su Madre y ésta a Jesús; Jesús amaba mucho a su discípulo y éste a Jesús. Entonces, Jesús establece un nuevo lazo de amor entre su Madre y el discípulo al que eleva a la dignidad de hijo. De este modo, queda completo el círculo del amor: De Jesús a su Madre, de la Madre al discípulo-hijo y de éste al Maestro. Es el amor de Jesús que circula entre las personas. De tal manera ama a su discípulo, que le entrega a su madre a la que tanto ama. La Madre es un puro don del amor del Hijo. El discípulo es dado como hijo a María porque Jesús lo ama. El discípulo es así un don que Jesús entrega a su Madre como señal del amor que Él le tiene. De este modo, madre e hijo (discípulo) quedan unidos fuertemente por el amor del Señor moribundo y así quedan fijados en su testamento y en su voluntad.

Jesús emplea dos términos de familia: *Madre e hijo*, para indicar que todos cuantos le sirven constituyen una misma familia, su familia y han de estar animados por su amor y por su espíritu. Una vez ya resucitado Jesús, llama a sus discípulos, *Hermanos* y añade: “subo a mi *Padre* y a vuestro *Padre*” (Jn 20, 17). Jesús había, pues, creado dos responsabilidades: primeramente, la de su Madre: “*mujer he ahí a tu hijo*” seguidamente, la del discípulo: “*ahí tienes a tu madre*”. Todo ello constituye una figura completa de la Iglesia maternal y filial.

¿A quién había entregado Jesús su Madre? A menudo se responde a Juan. Pero el texto no emplea su nombre propio sino el más genérico y simple del discípulo amado. Con esto podemos intuir que no sólo se la entregaba a él, sino también a todos los demás. Todos los discípulos son amados por Jesús y todos reciben a María como madre y como prueba amorosa de Jesús. Recíbela también tú, puesto que Jesús te ama.

¿Cuándo nos hizo Jesús esta entrega y donación de su Madre? Precisamente en el supremo momento de su muerte y de su amor sin límites. Al final, *María se convierte en una de las grandes donaciones que Jesús nos lega en aquella hora suprema*: cuando nos da su vida, su sangre y el agua que brotaba de su corazón traspasado, y cuando entrega su Espíritu y muere. Entonces hace donación de su Iglesia que comienza con su madre y con su nuevo hijo. Es entonces cuando nos introduce al Padre. María forma parte de estas grandes donaciones y constituye, desde entonces, parte del testamento de Jesús. Así lo comprende el discípulo amado que: *“desde entonces la llevó a su casa”*. Responde al amor con amor. Y también: *“el que me ame, guardará mis mandamientos”* (Jn 14, 15 y 21).

Y ¿qué tal madre nos donó Jesús?: la suya, sin duda, la mujer cuya fe es el supremo amor y la fidelidad absoluta a su Hijo. Ya Juan la había presentado en las bodas de Caná como modelo de fe en su Hijo, aquí nos muestra hasta dónde llega la fe de esta madre. Pero ella es también, la mujer que pasa por el crisol de La Cruz y que ha soportado, de lleno, todo el martirio de su Hijo. Jesús nos da una madre experta en sufrimientos y capaz de comprender todos nuestros propios dolores y acogerlos en su corazón.

Cuando Jesús nos la da como madre, le concede todo el poder de serlo. Lo que le da no es un mero título de honor, carente de poder. María será desde entonces nuestra verdadera madre con toda la capacidad infinita de ser de madre.

Pero todo ello, le viene de Jesús, en realidad, el único mediador. ¿Puede entonces María interceder por nosotros? ¿Podemos nosotros solicitar sus socorros? ¿Con qué seguridad? con plena seguridad. De lo contrario, las palabras de Jesús serían vanas. Es el mismo Dios quien antes había dicho: “que sea la luz” y “la luz se hizo” y el que también nos dice: “¡He ahí a tu madre!” Es por tanto, el mismo Jesús quien nos lo dice y nos lleva hacia su Madre. Esto justifica plenamente nuestras plegarias cuando nos acogemos a María con nuestros problemas.

35-El don de la madre

“Junto a la cruz de Jesús estaba de pie su madre, la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás y María de Magdala. Viendo pues a su madre y a su lado al discípulo amado, Jesús dijo a su madre: “Mujer, he aquí a tu hijo”. Dijo luego al discípulo: “He aquí a tu madre”. Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa.” (Jn. 19, 25-27)

En estos tres versículos, la palabra “madre” aparece citada cinco veces; tres, la palabra “discípulo” y Jesús habla a punto de morir. Todo transcurre entre estos tres personajes. Pero, mientras Jesús y María están designados por su propio nombre, el discípulo permanece anónimo. Esto nos puede dar a entender que el discípulo es cada uno de nosotros: vosotros, yo. En este acto Jesús me implica, soy el discípulo amado y Jesús me entrega a su madre.

Si nos preguntamos: “¿Por qué Jesús nos entrega a su madre?”. La respuesta nos lleva a una confluencia de revelaciones sobre Dios, la salvación, la intención del Señor moribundo, la madre, el discípulo. Jesús nos entrega a su madre porque Dios es así; por su condición, ofrece, se entrega, es amor incluso en las circunstancias más adversas. Y su amor consiste en dar lo mejor, lo más querido. Cuando Jesús entrega a su madre nos manifiesta cómo la aprecia, cómo la ama. Nos entrega a quien más ama, a quien más lo ha amado: su madre. Nos la da porque nos ama. Dios es así, da todo lo que le es precioso; el Padre da al Hijo, el Hijo al Espíritu, el Hijo ofrece también a su madre y a la Iglesia, puestas ambas bajo el cuidado del Espíritu. Estamos en una especie de teofanía: Dios es amor (1Jn. 4,8), incluso en cruz, sobre todo en cruz. La cruz es la gran revelación de Dios, en la cruz Dios se da sin reserva.

Asimismo, estos versículos muestran en qué consiste ser salvados: estar asimilados a Cristo, formar con él una realidad única. Orígenes subraya que Jesús no dice a su madre: “Mujer, éste es también tu hijo”, sino “He aquí a tu hijo”. Heme aquí en él, en Jesús aún vivo. La salvación es esto: enriquecerse de toda la persona del Señor, formar una sola cosa con él; no como conquista sino como don. Todo discípulo en los momentos de

intimidad, pide esto a su Señor: estar lleno de su plenitud, llegar a ser espacio puro del Señor, conocer interiormente lo que dice Pablo: “No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (Gal. 2, 20)

Estos tres versículos subrayan bien las palabras: “madre e hijo”. La voluntad de Jesús es crear una nueva familia. Sus discípulos están invitados a vivir relaciones de maternidad-filiación. La Iglesia toma por modelo a la familia. Es la voluntad y el proyecto de Jesús en el momento de su muerte. En la Iglesia deberían primar las relaciones de amor, con el sentido de responsabilidad recíproca, vivida por la madre y los hijos en la familia. La madre y el discípulo forman la primera célula de la Iglesia, la primera célula de la familia espiritual querida por Jesús. Diríamos que el de amor entre María y el discípulo es vivido en estado puro. “Y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa”. Cuando Jesús da a su madre, entramos en su familia; cuando esta madre es acogida, entra en la familia del discípulo. La familia del Señor y la del discípulo se entrelazan con la madre. Cuando María entra en la familia del discípulo, esta se convierte en Iglesia, en familia de Jesús.

Si miramos del lado del discípulo, sabiendo que este discípulo puede ser cada uno de nosotros, Jesús quiere que seamos hijos para continuar en nosotros el amor que tiene a su madre. Cada vez que amamos a María hacemos revivir el amor que Jesús le profesaba; amar a la madre es una manera de ser Jesús. En el corazón de todos sus discípulos Jesús continúa pues, amando a su madre. Amar a la Virgen María es prestar a Jesús nuestro corazón, nuestra atención, nuestras palabras de alabanza. Al mismo tiempo agradecerle el regalo que nos ha hecho. Como el discípulo amado, también nosotros acogemos en nuestra casa a la Madre del Señor.

Si miramos del lado de la madre, en el momento de la muerte de Jesús, descubrimos la maravilla de la encarnación: en verdad, sólo quiere hacer una realidad con nosotros y María es la primera en vivir en plenitud esta realidad: Dios viene hacia ella, el Hijo se encarna en ella y constituye una única realidad con ella. Dios nos ama más allá de lo que podemos imaginar: está cercano, en el interior, es el Emmanuel, quiere llenarnos de su plenitud. Cuando la encarnación se une a la cruz, el discípulo se convierte en lo que María experimentó en el momento de la Anunciación: la unión total con el Salvador. Todo comenzó en el seno de la Virgen María.

Estos cortos versículos están llenos de luz: nos hablan de Dios, de la salvación, de la familia espiritual, del deseo de Jesús de continuar amando a su madre en cada uno de sus discípulos. Cada discípulo es para él “el discípulo ‘amado’ convertido en otro Jesús”.

36-La fe de María al pie de la Cruz

Es bien conocida la siguiente escena del evangelio de Juan que presenta a María al pie de la Cruz:

“Junto a la cruz de Jesús, estaba su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Al ver a la madre y cerca de ella al discípulo a quien él amaba, Jesús le dijo: «Mujer, aquí tienes a tu hijo». Luego dijo al discípulo: «Aquí tienes a tu madre». Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa. (*Jn 19,25-27*)

Solo una madre puede encontrarse allí, en ese lugar atroz donde sufre y muere su Hijo único que ella ama y quien da sentido a su vida. Es el instinto de madre, sin duda, su fidelidad de madre; ella no pueda hacer nada para ayudar a su Hijo porque es tan impotente como él, a ella también se la lleva la muerte.

¿Qué fe pudo sostener a María en ese momento de agonía y muerte de su Hijo? Es una fe que se llama amor, fidelidad, conocimiento profundo de su Hijo, fe que precede el ver y sin embargo ya ha visto, fe que deja madurar en su corazón todo lo que se refiere a su Hijo. Ella lo expresa mejor que Pablo: “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gal 2,20). Desde el principio ella se dejó habitar por su hijo, su vida se convirtió en el espacio de Cristo.

Nos resultan familiares las obras de arte que representan a María sujetando entre sus brazos a su Hijo muerto. Nosotros las llamamos *piétas*, siendo la más conocida de ellas, la de Miguel Ángel que se encuentra al lado derecho de la entrada de la basílica de San Pedro. La primera acepción de la palabra latina *piétas* es la fidelidad de los soldados hasta el último sacrificio. Así, el significado principal de María sujetando a Jesús muerto entre sus brazos, representa la fidelidad de la madre hasta la muerte. María fue fiel hasta el final.

La fe de María en la hora en que fallece su Hijo se expresa en un contexto hostil. Se respira la injusticia, el odio, el desprecio, el reto malicioso, la indiferencia de muchos, el cuerpo desnudo de su Hijo expuesto, la profunda soledad de Jesús y de su madre. ¿Quién entendía semejante sacrificio? Los discípulos más cercanos habían huido, se habían escondido, encerrado en casa. Y mientras Jesús tiene las manos clavadas, los jefes del pueblo le recuerdan sus milagros y le gritan que baje de la cruz. Es la condición que exigen para creer en él: “que baje ahora de la cruz, para que veamos y creamos” (Mc 15,32), y se burlaban con sarcasmo (Lc 23,35).

María no exige signo alguno, ella es presencia, fidelidad y silencio. Ella mira a su Hijo y le viene a la memoria la descripción que hizo Isaías del Siervo doliente “sin forma ni hermosura que atrajera nuestras miradas, sin un aspecto que pudiera agradarnos. Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento, como alguien ante quien se aparta el rostro” (Is 53,2-3). ¿Desde cuándo María había relacionado este retrato del Mesías con los anuncios de la pasión que su Hijo había multiplicado? ¿Qué había en el gran santuario del corazón de la Madre para que la fe mantuviera su llama viva? ¿Los anuncios velados de la resurrección “El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres: lo matarán y al tercer día resucitará» (Mt 17,22-23). ¿Supo acaso lo que Jesús le dijo a Marta algunos instantes previos a la resurrección de Lázaro: “Yo soy la resurrección y la vida”? María seguramente no lo comprendía todo, pero tenía por costumbre decantar en su corazón, en la oración, las palabras del Hijo que no comprendía.

Además se sentía el silencio del cielo, el silencio del Padre. La fe de María debía aceptar ese silencio. Dios tomó el camino del silencio y de la impotencia; el Padre y el Espíritu caminaban tras los pasos del Hijo. Jesús dijo: “El Padre y yo somos uno” (Jn 10,30). En el Calvario, el Padre también puede decir: “El Hijo y yo somos uno solo”. El Hijo se siente impotente ante el poder humano, el Padre también se ve impotente ante ese mismo poder. El Espíritu se siente impotente ante el poder humano que tiende a quedarse inmóvil y a vengarse. Dios tomó el camino del amor absoluto, que iba a revelarse como amor absoluto, porque la cruz es la cumbre del amor absoluto.

María también es silencio, impotencia, pero en comunión con el amor absoluto de su Hijo. Ella está ahí, es presencia, y el Hijo puede decirle: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”, anuncio de una nueva primavera, signo velado de la resurrección.

Considerando el don del discípulo amado, San Bernardo hizo esta impresionante reflexión:

“¡Qué terrible intercambio! Madre, recibiste a Juan en cambio de Jesús, al servidor en lugar del Señor, al discípulo en lugar del Maestro, al hijo de Zebedeo en vez del Hijo de Dios, un hombre común en lugar del Dios verdadero...” (Oficio de lecturas del 15 de septiembre). Y está bien de todos modos. Y sin embargo, el discípulo amado, los discípulos amados, estamos llenos de la presencia del Hijo, por la santidad del Hijo, por su Espíritu. María tiene un único Hijo, Jesús; los demás son todos hijos en su Hijo. No estamos frente a la decadencia de la maternidad de María, sino frente a una amplificación sin límites.

Aquí María revive la fe de la Anunciación: nuevamente una misteriosa maternidad se despierta en ella. María intuye que su corazón y su seno renacen cuando Jesús le dice: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. La maternidad de la Anunciación conoce una nueva primavera. La respuesta al ángel Gabriel sigue siendo verdadera: “Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí según tu palabra.” (Lc 1,38). Pero ahora no es Gabriel quien habla sino su Hijo, es Él quien pronuncia su testamento.

**37-Y desde aquella hora
el discípulo amado la recibió en su casa**

(Juan 9, 27)

Y desde aquella hora..., la hora de Jesús, la de la cruz. Hora que ya nunca tendrá fin y que llega hasta el día de hoy en la que los verdaderos discípulos deben acoger en sus casas a esta madre.

El verbo tomar “lambano”, en griego, tiene en el evangelio de Juan un matiz propio y especial porque el evangelista sólo lo emplea en referencia a Jesús con el significado de acoger o no acoger a la persona de Jesús.

Empleado aquí en relación con la Virgen, expresa cuán profundamente la Madre pertenece al Hijo. Ella le pertenecía totalmente, de todo corazón y formaba un todo con Él. Jesús nos da todo cuanto tiene dentro sí. ¿Quién se atreverá a rechazar a María como don del amor de Jesús?

El discípulo la recibió en su casa, en griego, “eis ta idia”, que admite varias traducciones: en su casa, en su familia, entre sus tesoros... Así, era todo un tesoro para Jesús y lo iba a seguir siendo para el discípulo. Máxime, ahora que este discípulo es además su hijo. El término puede expresar también: en su entorno, en su iglesia. María es acogida en la Iglesia, en este nuevo pueblo de Dios y encuentra aquí su lugar definitivo. Esta última imagen que aparece en este evangelio, también la vemos en Lucas: María entre los apóstoles. También esta idea será la que el Vaticano II propugne de María: “Ella dentro, en el pueblo de Dios; no sobre él, sino como miembro eminentísimo de este pueblo de Dios”.

Con sus palabras, Jesús había establecido una doble responsabilidad: la de la madre hacia el discípulo y la de éste hacia María. Y podemos preguntarnos: y nosotros, ¿cómo nos responsabilizamos en esto? Simplemente, haciendo como el discípulo amado:

acogiéndola en nuestra casa, en nuestro corazón, vida, comunidad... Hemos visto que ella ocupa dos lugares especiales en el Evangelio: primero en la fiesta del amor, y segundo, en la cruz. En ambos, con sentido de eternidad. El discípulo amado siempre había tenido a María como la madre de Jesús. Para él era el signo de identidad de María. Toda la gloria le viene a la Madre, por su Hijo. El amor que tenemos al Señor, ilumina el rostro de esta Madre.

Orígenes escribió: "en las escrituras, los Evangelios ocupan ciertamente el primer lugar, y entre los Evangelios, el primer lugar pertenece a Juan. Y, sin embargo, nadie puede comprender el significado de su Evangelio si no ha colocado su cabeza sobre el corazón de Jesús y aceptado de Jesús a María, como su propia madre." Lo que Orígenes dice del Evangelio de Juan cualquier cristiano algo familiarizado con las escrituras lo encuentra totalmente justo. El evangelio de Juan es profundo, místico, presenta a Jesús de una manera rica y audaz. Cada capítulo proporciona una nueva cosecha de títulos mesiánicos.

María, presente en Juan, ¿está allí para algo? Es probable, pero esto no ha impedido una gran investigación teológica. Todos los Santos hacen la experiencia de tener a María "en su casa... " Esto hace que la vida se centre en su Hijo, al mismo tiempo que ella adquiere una dimensión apostólica y fecunda.

38-La fe de María en el Evangelio de Juan

(Las páginas siguientes desarrollan el texto 20:

La fe de María vista por Juan)

Este título puede parecer sorprendente y original. Estamos acostumbrados a ver la fe de María exaltada en el Evangelio de Lucas: “Bienaventurada por haber creído...” (Lc 1,45). Así termina el canto de Isabel, canto inspirado por el Espíritu, canto acogido por la Iglesia de Lucas y luego por toda la Iglesia de los Apóstoles. Y esta bienaventuranza de la fe es la primera y la última de los Evangelios, es también la bienaventuranza de la que nacen las demás bienaventuranzas.

Y sin embargo, podemos afirmar que Juan sobrepasa a Lucas, si osamos decirlo, en la presentación de María como modelo de fe. Ella ya no es la madre en la infancia de Jesús, es la madre presente en la vida pública de Jesús cuando él es el gran profeta, el esperado Mesías. Ella está allí cuando comienza la vida pública de su Hijo. Permanece junto a su Hijo cuando en la muerte, termina su vida pública. La fe en el Hijo nace en ella y termina con ella. Juan nos enseña a descubrir que María caminó siempre junto a su Hijo, desde la Anunciación, donde ella desempeña el papel de “sirvienta-madre” hasta que, en la vida pública del Hijo, ella desempeña el papel de “discípula-madre”.

1-El evangelio de Juan

Fue el último en terminarse, hacia el año 95-100... aproximadamente 30 años después del de Marcos. Pero los inicios del Evangelio de Juan son tan antiguos como los de los demás. Históricamente los hechos descritos tienen el mismo valor. En Juan, hay indicios de una gran cultura judía; él conoce bien las celebraciones judías, la piscina de los cinco pórticos de la piscina de Jerusalén (Betesda), habla del Sanedrín con gran conocimiento.

Tres acontecimientos importantes marcan este evangelio:

- 1- La destrucción del Templo de Jerusalén. Los cristianos de Jerusalén deben acostumbrarse a vivir sin el Templo, al igual que los judíos que no son cristianos. La Palabra, la Toráh, se convertirá en el nuevo centro de la fe para los judíos que no han aceptado a Cristo y que son conducidos por el movimiento de los fariseos de la Jamnia. El Logos, Jesús Palabra, se transformará en el nuevo centro de fe de los judíos convertidos al cristianismo, de los de Jerusalén, de los de la diáspora y, de consecuencia, de todos los

cristianos que vienen del mundo griego y de los pueblos gentiles.

- 2- La decisión de la Jamnia hacia el año 74, tomada por el movimiento de los fariseos. Es una decisión que expulsa del pueblo de Dios a los judíos que acogieron a Jesús como el Mesías. La decimoctava oración compuesta en la Jamnia va contra los judíos cristianos...

En Juan “los judíos” se refiere a aquellos que se consideran JUDÍOS, contra los judíos cristianos. Es a raíz de esta decisión cuando se abre la gran brecha en el pueblo judío, entre los que permanecen fieles a los fariseos y los que se denominan discípulos de Jesús. Con el paso de los siglos esta división no cesará de crecer.

- 3- La Iglesia cuenta ya 60 años de existencia. Ha adquirido experiencia y está mejor organizada. San Ignacio de Antioquía presencia los orígenes, hacia los años 80, de una Iglesia piramidal cuya cima es un obispo. Esta estructura, que se impondrá lentamente, representa la futura organización de la Iglesia. La Iglesia sufrió las primeras persecuciones con el emperador Nerón en los años 67 y, posteriormente, con el emperador Domiciano, hacia el año 85. Las autoridades romanas aprendieron a distinguir a los cristianos de los judíos. Los judíos gozan de un estatuto claro en el imperio romano y son protegidos. Los cristianos, por su parte, carecen de estatus alguno, no tienen ningún reconocimiento legal, ni protección oficial. Deben padecer las persecuciones, como lo describe el Apocalipsis.

2-Características del evangelio de Juan

1-Autores: Juan, el discípulo amado y la comunidad de Juan, son la fuente de las tradiciones. Juan el anciano, discípulo del Apóstol Juan, y la comunidad a su alrededor, son los responsables de la edición final del evangelio. Los pasajes en “nosotros” demuestran claramente la pluralidad de los autores.

2-El evangelio de Juan es el más profundo, el más penetrante, el más original... El prólogo se remonta a los orígenes eternos del Verbo.

Hay una gran cantidad de elementos y signos nuevos... Caná, el paralítico, el ciego de nacimiento, Lázaro... El estilo es diferente: se retoma una afirmación varias veces aunque con pequeñas variantes. Un signo ocupa un capítulo entero. Le da a Jesús la oportunidad de hablar. Los sinópticos multiplican los signos en pocos versículos, como si fueran destellos. Juan presenta un signo y lo explora: el signo del pan de vida, en el capítulo 6, es desarrollado en más de 70 versículos.

3-Es un evangelio escrito en **quiasmo** bajo un esquema **descendente-ascendente: el Prólogo** es un buen ejemplo de ello: Jesús viene del Padre y asciende al Padre. Todo el evangelio plasma esta realidad: Jesús viene del Padre y regresa al Padre - los signos en el evangelio están dispuestos para formar un quiasmo.

4-Podemos llamar al evangelio de Juan el **Evangelio del Padre**. La palabra Padre, o los pronombres que le reemplazan, aparece 114 veces, muchas más que en todos los sinópticos juntos.

5-Es un evangelio bajo el signo de **la intimidad y de la lucha**. Dos rostros de Jesús: el de quienes lo buscan y lo acogen, y el de aquellos que lo rechazan. Encontramos:

- 1- Intimidad: Nicodemo, la Samaritana, todos los discursos de la última cena... los que el Prólogo describe: “pero a quienes lo acogieron, él les dio la potestad de llegar a ser los hijos de Dios”.
- 2- Lucha: capítulos 5, 6, 7, 8, 9, 10... y que el Prólogo había designado cuando dijo: “Él vino de donde los suyos, pero los suyos no lo recibieron” es la lucha de **la luz y las tinieblas** la que atraviesa el evangelio de principio a fin.

3-La fe en el Evangelio de Juan

Es necesario hacer una distinción entre **la fe de la comunidad** de Juan, una fe pos pascual y la **fe de cada individuo**.

1-La fe de la comunidad: es la que prepara a Jesús a los grandes títulos que tendrá, desde el capítulo 1:

Prólogo: Jesús es el Verbo, Dios junto a Dios, Luz, Vida, Creador de todas las cosas, Verbo hecho carne, Lleno de gracia y de verdad, Hijo único del Padre en el seno del Padre...

Y desde el primer encuentro con las personas, el Bautista y los discípulos: él es el Cordero de Dios, aquel que bautiza en el Espíritu Santo, el Rabino, el Mesías, el Hijo de Dios, el rey de Israel... más que los mismos testigos, es la comunidad la que manifiesta su fe.

2-La fe de cada individuo: Aquí encontramos una fe negativa o de rechazo y una fe positiva o de acogida:

1- Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron (Jn 1,11).

2- Pero a todos los que lo recibieron, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios y la primera en acogerlo es María; ella se convierte entonces en la primera hija de Dios.

Rechazo y acogida, fe negativa y fe positiva presentes en todo el evangelio. Esta es la fe de los orígenes, de los primeros versículos de Juan.

3-La fe al final y como inclusión

1- En la conclusión del capítulo 21, el último 21, 24:

“Este mismo discípulo es el que da testimonio de estas cosas y el que las ha escrito, y sabemos que su testimonio es verdadero.”

2-Más explícita es la noticia final en el capítulo 20, 30: “Jesús realizó además muchos otros signos en presencia de sus discípulos, que no se encuentran relatados en este Libro. Estos han sido escritos para que ustedes crean que Jesús es el **Mesías, el Hijo de Dios**, y creyendo, tengan Vida en su Nombre.”

La inclusión es doble porque la fe de los inicios es expresada nuevamente al final, y dos títulos del principio se reafirman al final: **el Cristo, el Hijo de Dios**.

3- En el capítulo 20, nos encontramos con dos tipos de fe:

1- La de Tomás, **que necesita muchos signos**, pero que al final alcanza la más alta profesión de fe: “Señor mío y Dios mío”.

2-La de aquellos que creen si haber visto: “**Dichosos los que vieron sin haber visto y creyeron**” – Los verbos se encuentran en tiempo pasado y no en futuro. ¿Quiénes fueron los que creyeron sin haber visto? María, desde la Anunciación, María quien recibe la primera bienaventuranza de la fe: “¡Dichosa porque has creído!” Primera de todas las bienaventuranzas de los evangelios y aquí nos encontramos con la primera de ellas: la primera y la última bienaventuranza exaltan la fe.

Pero también: cuanto menos creamos, más signos necesitamos. Tomás, discípulos en Lucas.

Cuanto más creamos, menos signos necesitamos: el discípulo que ama cree al ver la tumba vacía... y María...

Cada signo es un momento de fe. Para el signo de la cruz, el evangelista escribe:

“El que vio esto lo atestigua: su testimonio es verdadero y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis.” Jn 19,35.

4-La fe camina de capítulo en capítulo en el evangelio de Juan

El verbo **creer**, en su valor positivo o negativo aparece más de **95 veces** en el evangelio de Juan. (Basado en la TOB).

Los capítulos que lo repiten con más frecuencia son el 6 y el 11 : el verbo creer aparece 9 veces en cada uno de ellos; luego vienen los capítulos 3 y 12 donde dicho verbo aparece 8 veces y siguen los capítulos 4, 5, 20, donde aparece 7 veces... El único capítulo donde el verbo creer parece ausente es el capítulo 15.

1-Capítulo 2: la fe de María,

2-Capítulo 3: la fe de Nicodemo, + los versículos 16, 17...

3-Capítulo 4: La fe de la Samaritana y de los Samaritanos,

4-Capítulo 5: Al final del capítulo: “Si creyeseis en Moisés, crearíais también en mí”

5-Capítulo 6: la increencia de los discípulos que abandonan a Jesús y la fe de Pedro...

6-Capítulo 9: la fe del ciego de nacimiento... y la increencia de los fariseos.

7-Capítulo 10: « Vosotros no creéis porque no sois de mi rebaño...” 25–26...

8-Capítulo 11: la fe de Marta y de María...

9-Capítulo 12: « Aunque realizaba muchos milagros delante de ellos, no le creían... », v. 37, y v. 44: « Quien cree en mí, no cree sólo en mí sino en aquél que me ha enviado » Es el final de la parte del evangelio referida a los milagros.

10-Los capítulos de la última cena son todos ellos capítulos de la intimidad...

En el capítulo 14 aparece con frecuencia la palabra “creer”. En el capítulo 17, Jesús habla de la fe de sus discípulos...

En el evangelio de Juan la fe camina de capítulo en capítulo, bajo la forma de rechazo o de acogida, de tinieblas y de luz...

Los grandes testigos de la fe son: la comunidad, el Bautista, los primeros discípulos, María, Nicodemo, la Samaritana, Pedro, el ciego de nacimiento, Marta y María...

Pero los testigos más grandes son el Padre y el Espíritu Santo, Moisés y las Escrituras...

Los que creen en Jesús

1-La Comunidad

2-Juan Bautista

3-Los Primeros discípulos

4-María en Caná

5-Nicodemo

6-La Samaritana

7-Pedro (el Pan de vida)

8-El ciego de nacimiento

Los que no creen en Jesús

1-Los fariseos, en general: los judíos.

2-Muchos discípulos en el cap. 6

Jesús

Pedro

3-Judas

9-Marta y María

10-Su madre junto a la Cruz y el discípulo amado

4-Los jefes del pueblo.

11-El discípulo amado junto al sepulcro vacío

12-La fe de Tomás

13-La fe de los que han creído sin haber visto.

5-Visión global:
la fe en las partes significativas del evangelio

Prólogo, 1.

**« Pero a los que le acogen
les ha dado el poder
de llegar a ser hijos de Dios. »**

Los milagros:

Caná, 2.

María, modelo de fe.

El Milagro

JUAN 13

JUAN 20,29

**Los que creen
sin haber visto.**

Cap. 12,44

**« El que cree en mí,
no cree sólo en mí,
sino en aquél que me ha enviado »**

Cap. 20, 30 :

**« Pero estos milagros han sido escritos
para que vosotros creáis... »**

6-Los milagros y el Milagro

Raymond E. Brown, gran exégeta americano, ha descubierto que están presentados bajo la forma de quiasmo.

EL QUIASMO SE PRESENTA ASÍ:

1. Las bodas de Caná María está presente, aún no es la Hora, Jn 2, 1-12.

Milagro solicitado. – La fe es requerida antes del milagro.

2. Salud concedida a un hijo moribundo, Jn 4, 46-54. *Milagro pedido. La fe es requerida antes del milagro.*

3. Curación en sábado, en la piscina de Bethesda, Jn 5,1-16

Jesús tiene la iniciativa del milagro. Ausencia de fe.

4. Multiplicación de los panes, Jn 6,1-71. *Jesús tiene la iniciativa del milagro. Fe negativa y fe positiva.*

5. Curación en día de sábado, en la piscina de Siloé, Jn 9,1-41

Jesús tiene la iniciativa del milagro. La fe aparece después del milagro.

6. Resurrección de Lázaro, Jn 11, 1-44. *Milagro solicitado. La fe se muestra antes del milagro.*

7. La muerte de Jesús, María está presente, es la HORA, Jn 19, 25-27. *Milagro concedido y milagro vivido. La fe se vive en el milagro.*

7-María en los milagros

María está presente en tres milagros:

1-En Caná, el milagro arquetipo, el modelo.

2-En la multiplicación de los panes, el milagro central y fundamental.

3-En la cruz, que aun no siendo en sí un milagro, es el gran MILAGRO.

LA CRUZ

El Milagro absoluto

CANÁ

El milagro arquetipo

EL PAN

El milagro central

Relaciones entre estos milagros:

Caná

La Cruz

María está presente

Una vez, denominada « mujer »

Cuatro veces, denominada « Madre de Jesús ».

No es la Hora – Es la Hora.

Agua y Vino – Sangre y Agua

María, entre Jesús y los discípulos

María, entre Jesús y el discípulo amado.

Jesús da el mejor vino.

Le dan a beber vinagre.

Jesús revela su gloria y la fe brota.

Jesús revela su gloria y la fe es requerida.

La vida pública de Jesús se muestra entre dos presencias de la Madre: inclusión.

(Observad la forma de describir en los evangelios)

Caná	La Cruz
María está presente y la primera en ser nombrada.	María está presente y es la primera en ser nombrada.
María es denominada por tres veces: 'Madre de Jesús'.	María es denominada por tres veces: 'Madre de Jesús'.
María es denominada por una vez: « mujer ».	María es denominada por una vez: « mujer ».
En Caná, no es aún la HORA.	En la Cruz, es en verdad, la HORA.
En Caná, el tema es el agua y el vino	En la Cruz, el tema es la sangre y el agua.
Para la sed de los invitados, Jesús ofrece el mejor vino.	En la Cruz, Jesús tiene sed y le dan a beber vinagre.
En Caná, Jesús espera la fe de María.	En la Cruz, « esto se ha escrito para que creáis ».
En Caná, María se coloca entre Jesús y los discípulos.	En la Cruz, María está junto a la cruz de Jesús y el discípulo está junto a la madre.

Relaciones entre Caná, el Milagro del Pan de Vida y la Cruz:

La Cruz

María está presente.

la sangre y el agua

discípulo presente

la fe de María y del discípulo.

La Eucaristía instituida.

Caná

María está presente,

El agua y el vino

discípulos presentes

la fe de María

El agua y el vino

anuncian la Eucaristía

El Pan de Vida

María está aludida,

la carne y la sangre

discípulos presentes

la fe de discípulos

El pan y sangre de

la Eucaristía

Los milagros 1,4,7 como momentos dramáticos

<p><i>En el milagro arquetipo en Caná:</i></p> <p><i>el amor está en peligro :</i></p> <p>falta el vino</p>	<p><i>En el milagro central : el pan de la vida :</i></p> <p><i>la fe está en peligro.</i></p>	<p><i>En el milagro de la Cruz :</i></p> <p><i>La vida está en peligro y se pierde.</i></p>
<p>El amor se salva gracias a Jesús, con la intervención de María. En el banquete se sirve el mejor vino.</p>	<p>La fe se salva gracias a la respuesta de Pedro: « ¿A quién iremos, Señor? ». Es un acto de adoración.</p>	<p>La vida se salva en la Madre y el discípulo, (el Espíritu viene sobre ellos), luego en la resurrección del Señor.</p>

8-La Fe en los signos

Cuando consideramos el quiasmo de los signos, podemos darnos cuenta de que:

1-La fe va disminuyendo en los cuatro primeros signos.

2-La fe aumenta en los cuatro últimos.

Tendríamos una fe en **V** en el evangelio de Juan

1- En Caná, la fe de María responde a una especie de provocación, de reto... Es la fe modelo, la fe de aquella que conoce al Hijo, la fe que va a pasar a los discípulos desde la Madre. Es una fe contagiosa, que permite al Hijo situarse al centro de la escena y revelar su gloria. Es la fe en la fiesta del amor; la fe que apunta a las Bodas del Hijo y de la humanidad; la fe que comienza a construir la Iglesia. En Caná la fe de María apunta a Jesús, a los discípulos, a los hombres y sus problemas. Es el origen lejano de nuestra propia fe.

2-La fe del funcionario real (Jn 4,46-54) es espléndida, pero no es inmediatamente radiante como la de María, no tiene la magnitud o el alcance de la fe de María en Caná. Pero con todo es un modelo de fe que puede estimular la nuestra.

3. El paralítico sanado en la piscina de Bethesda no muestra ninguna fe. No requiere ningún milagro, no se muestra agradecido con Jesús, corre a decir el nombre de Jesús a los judíos, un gesto por lo menos ambiguo. Y Jesús se ve obligado a defenderse contra los judíos.

4. En el signo del pan de la vida, todo un grupo de discípulos abandona a Jesús y por primera vez se hace alusión a Judas, el que entregará al maestro. No sólo hay abandono, sino que alguien ya piensa entregar a su maestro. Esta es una creencia negativa que mata. Aquí podemos poner en oposición tres comportamientos:

1-El que traiciona pide 30 denarios para él;

2-La que ama compra 30 kilos de perfumes para ungir el cuerpo del Rey Mesías.

3-La que ama locamente, derrama en los pies de Jesús un perfume que valía 300 denarios, el sueldo de todo el año de un trabajador.

En esta primera serie de signos se va de la fe modelo de María a la anti-fe de los discípulos que abandonan a Jesús, y la de Judas.

En los cuatro últimos signos la fe va creciendo hasta la fe extraordinaria de la Cruz.

1-En el cuarto signo Pedro manifiesta de nuevo la fe: “¿A quién iremos, Señor? ¡Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo, el Santo de Dios.” Es la fe que viene después del signo, pero es un verdadero acto de adoración.

2-La fe del ciego de nacimiento, en el capítulo 9, termina con un acto de adoración: “Creo, Señor”, y se prosternó ante él (Jn 9,38). ¿Se trata, en Juan, del primer acto de adoración que se expresa en un acto y no solamente en palabras? Es una fe que sabe luchar, que toma la defensa de Jesús, que expone toda su simpatía por Jesús. Una vez más la fe viene después del signo.

3-La fe de Marta y María precede el signo, es una fe abundante, profesa la divinidad de Jesús, es una fe pedida por Jesús. Es la fe de los amigos, de quienes reciben a Cristo en la intimidad. Es una fe sin fallos. En ese signo nos hallamos ante un crecimiento extraordinario de la fe.

-Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiese muerto. Pero ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.

-Quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá y el que cree en mí no morirá jamás. ¿Lo crees tú?

-Sí, Señor, creo que eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente que ha venido al mundo.

-María repite la fe de Marta : « Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiese muerto”, pero ella lo dice postrándose a los pies de Jesús.

-A Marta, que dice a Jesús que hace ya cuatro días que Lázaro está muerto y que huele mal, Jesús le responde: “¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?”

4-En el signo de la cruz tenemos una fe de la madre que es fidelidad en el fracaso, en el sufrimiento, en la muerte del Hijo. Es una fe que es amor. El Hijo mantiene todo su valor y su atractivo a pesar del fracaso, el sufrimiento y la muerte. En la fe de la Madre el fracaso, el sufrimiento y la muerte se comprenden como cosas momentáneas, mientras que el Hijo es eterno, es Dios. La fe de la Madre reconoce que el fracaso, el sufrimiento y la muerte exaltan al Hijo; esta fe proclama la grandeza del Dios que se da sin contar. Es una fe que es unión total con el Hijo que se entrega, que muere.

La presencia de la Madre nos habla de su fe en el Hijo cuando todo el mundo parece venirse abajo en la oscuridad del sepulcro. La obra maestra de Miguel Ángel, la Pietà, que se encuentra en la entrada de la Basílica de san Pedro, a la derecha, nos muestra a María con el cuerpo del Señor en sus brazos. Nos habla de la fidelidad de la Madre. La palabra « pietas » era un término militar entre los romanos. Significaba la fidelidad de los soldados en la batalla hasta la muerte si era necesario. María es fiel: ve morir a su Hijo. Aquí estamos en el amor hasta el final. “Habiendo amado los suyos, los amó hasta el final.” Y también. “No existe amor más grande que dar la vida por los amigos.” Para María: “Habiendo amado a su Hijo, lo amó hasta el final...” María ha dado su vida entera por el Hijo amado. Es un perfecto vaivén de amor entre el Hijo y la Madre.

9-Más signos

Dentro de los signos que forman el quiasma y que se encuentran en la segunda mitad de éste, cada uno es mayor que el que le es simétrico y que se encuentra en la primera parte del quiasma.

Por tanto:

1-La cruz es un signo más grande que Caná.

2-La resurrección de Lázaro es más sorprendente que la curación de un niño.

3-El ciego de nacimiento es más humano, más simpático, más creyente que el paralítico de la piscina de Bethesda.

4-En el signo del pan de la vida, la parte que se refiere a Pedro es más noble que la que se refiere a los discípulos que abandonan a Jesús, Judas entre ellos.

Pero también

1-El signo de Caná es el más grande de la primera serie: es la fiesta del amor.

Jesús está realmente colocado en el centro por María; él es el esposo, se convierte en el hombre público.

Como signo Caná es más grande que la curación del hijo del funcionario real;

Caná es más grande que la curación del paralítico.

2-La cruz es un signo más grande que los que se encuentran en esta misma serie, más grande que la resurrección de Lázaro, más grande que la curación del ciego de nacimiento, más grande que el signo del pan de la vida. Y no es un signo como los otros, que son un trampolín para conocer mejor a Jesús. La cruz es el SIGNO donde Jesús nos habla directamente, es un signo de teofanía directa, una revelación directa de quién es Dios: Él es el que va hasta la muerte, una muerte que es nuestra vida.

Por eso:

1-María se encuentra entre los signos más grandes, con la fe más grande que se presenta en el evangelio de Juan.

2-Ella se encuentra en el primero y el último signo; María está incluida en toda la vida pública de Jesús.

Juan hacer verdaderamente de María el modelo de la fe; ella ocupa el lugar más alto.

Juan es también el único evangelista que resalta a María tan positivamente y la destaca en la vida pública de Jesús.

El esquema que sigue nos muestra cuanto se ha dicho en las páginas precedentes. El signo de Caná es el más grande de la serie, pero menos grande que el SIGNO de la CRUZ. El SIGNO de la cruz es el más grande de su serie y más grande que Caná. El signo del Hijo que muere es menos grande que Caná, pero mayor que los dos siguientes en la serie. La resurrección de Lázaro es un signo más grande que el signo del hijo que muere y mayor que el del ciego de nacimiento y el de la fe de Pedro...pero no tan grande como el SIGNO de la CRUZ.

1- Las bodas.

7- En la Cruz

2-El hijo que muere

6-La resurrección de Lázaro

3-El paralítico

5-El ciego de nacimiento

4-El pan de vida

Judas Pedro

39-La fe es una pasión

En María la fe es una pasión maternal. Así lo expresa este poema:

María ha amado a Jesús,
Él que es el Amor.

María ha dicho sí a Jesús,
Él que es el Sí de Dios.

María ha alumbrado a Jesús,
Él que es el día del mundo
y la luz de todo hombre
que viene al mundo.

María ha enseñado a hablar a Jesús,
Él que es Palabra de Dios.

María ha iniciado a su Hijo en el significado de las cosas,
Él que es el SIGNIFICADO absoluto.

María ha iniciado en la plegaria a su Hijo,
Él que es el centro de toda verdadera Plegaria.

Así era la fe de María: difícil pero mantenida por la oración y creciente ante cada desafío de la vida. Era una fe fiel, misionera, cargada de frutos, consciente de las horas de alegría y de los momentos de tinieblas como los del Calvario. La fe de la Virgen María no es un largo asentimiento sino una vida entregada. La fe de la Madre del Señor sostiene nuestra fe, como le expresa el himno *'Oh tú, cuya belleza...'*

El precio de tu amor

Permanece para siempre

Oculto en nuestras cosechas.

La última imagen de María, en los Hechos 1,14 y en Juan 19,28 muestra una mujer fiel a Jesús, fiel a la Iglesia. Lucas, que la había mencionado al inicio de su evangelio, nos la presenta de nuevo al principio de los Hechos. Juan, que nos la sitúa en el primer milagro de Caná, en los comienzos de la vida pública de Jesús, nos la muestra en el último milagro, el de la Cruz, cuando finaliza la vida pública del Señor. Más tarde, la vemos en casa del discípulo, en su comunidad, en su Iglesia. Lucas y Juan insisten en la fidelidad de María. La fe de María impregna la vida de Jesús de principio a fin; se introduce en la Iglesia y se aloja en ella. Si María se oculta así en la Iglesia es para decirnos que vive ahora en la comunión de los santos, en la familia de su Hijo. Forma parte del grupo que ora y espera al Espíritu. Hoy, María es madre en la comunión de los santos; intercede por todos los que tienen fe en su Hijo, ruega para que descienda también sobre ellos el Espíritu.

María ocupa un pequeño lugar en el Nuevo Testamento; cosa lógica, pues todo el espacio de las Escrituras está reservado al Hijo. Pero la palabra de Dios referida a ella es inagotable; nos la muestra como modelo de fe, de una fe identificada siempre con el amor. Es la madre que ilumina nuestra fe. De su fe, de su seno, nace para nosotros Jesús, el Señor a quien entregamos nuestra fe y nuestro corazón.

39-La fe es una pasión

En María la fe es una pasión maternal. Así lo expresa este poema:

María ha amado a Jesús,
Él que es el Amor.

María ha dicho sí a Jesús,
Él que es el Sí de Dios.

María ha alumbrado a Jesús,
Él que es el día del mundo
y la luz de todo hombre
que viene al mundo.

María ha enseñado a hablar a Jesús,
Él que es Palabra de Dios.

María ha iniciado a su Hijo en el significado de las cosas,
Él que es el SIGNIFICADO absoluto.

María ha iniciado en la plegaria a su Hijo,
Él que es el centro de toda verdadera Plegaria.

Así era la fe de María: difícil pero mantenida por la oración y creciente ante cada desafío de la vida. Era una fe fiel, misionera, cargada de frutos, consciente de las horas de alegría y de los momentos de tinieblas como los del Calvario. La fe de la Virgen María no es un largo asentimiento sino una vida entregada. La fe de la Madre del Señor sostiene nuestra fe, como le expresa el himno *'Oh tú, cuya belleza...'*

El precio de tu amor

Permanece para siempre

Oculto en nuestras cosechas.

La última imagen de María, en los Hechos 1,14 y en Juan 19,28 muestra una mujer fiel a Jesús, fiel a la Iglesia. Lucas, que la había mencionado al inicio de su evangelio, nos la presenta de nuevo al principio de los Hechos. Juan, que nos la sitúa en el primer milagro de Caná, en los comienzos de la vida pública de Jesús, nos la muestra en el último milagro, el de la Cruz, cuando finaliza la vida pública del Señor. Más tarde, la vemos en casa del discípulo, en su comunidad, en su Iglesia. Lucas y Juan insisten en la fidelidad de María. La fe de María impregna la vida de Jesús de principio a fin; se introduce en la Iglesia y se aloja en ella. Si María se oculta así en la Iglesia es para decirnos que vive ahora en la comunión de los santos, en la familia de su Hijo. Forma parte del grupo que ora y espera al Espíritu. Hoy, María es madre en la comunión de los santos; intercede por todos los que tienen fe en su Hijo, ruega para que descienda también sobre ellos el Espíritu.

María ocupa un pequeño lugar en el Nuevo Testamento; cosa lógica, pues todo el espacio de las Escrituras está reservado al Hijo. Pero la palabra de Dios referida a ella es inagotable; nos la muestra como modelo de fe, de una fe identificada siempre con el amor. Es la madre que ilumina nuestra fe. De su fe, de su seno, nace para nosotros Jesús, el Señor a quien entregamos nuestra fe y nuestro corazón.

37- Este esquema presenta a María, a menudo, como la primera. Los evangelios le reservan pocos versículos, pero atribuyen a la Madre del Señor un lugar importante.

1-1ª en la plenitud de los tiempos.

2-1ª evangelizada: por todo lo que se dice de su Hijo

3-1ª que escucha el nombre del Niño: Jesús

4-1ª que experimenta el amor del Niño

5-1ª que ofrece amor a Jesús

6-1ª que dice un sí total, y modelo para nosotros

7-1ª misionera de Jesús

8-1ª bendita

9-1ª alabada: Madre de mi Dios

10-1ª proclamada
bienaventurada
(bienavneturanzas)

11- 1ª que cantó a
Dios: Magnificat

12-1ª que cuidó de
su Hijo, como ser
humano

13-1ª que oró con el
corazón y la
inteligencia

María

14-1ª sobre quien se alarga la sombra
de
la

15-1ª que corre hacia Jesús cuando se decía en la familia que estaba loco

16-1ª la primera nombrada en Caná y la 1ª que presenta a Jesús un problema humano

17-1ª en ser nombrada al pie de la cruz

18-1ª a quien Jesús confía una responsabilidad: “¡Mujer, he ahí a tu hijo!”

19-1ª y último rostro visto por Jesús

20- la primera manera de Jesús para no dejarnos huérfanos

21-1ª que es acogida en la casa del discípulo amado

22-1ª en el primer grupo de cristianos y en la primera oración de la Iglesia.

23-María de las inclusiones: Génesis- Apocalipsis; Lucas: Evangelio y Actos; Juan en Caná-la Cruz.

24-la primera en ser hija de Dios...

25-La primera que es acogida con el Niño por José.

Conclusión

Todo cristiano, cualquiera que sea su denominación, puede encontrarse con esta realidad: el Señor viene a él por medio de María, por su sí y por su entrega a toda la persona de su Hijo. Cuando un corazón está totalmente entregado a Cristo: debe, igualmente, estar lleno de gratitud hacia su Madre Santísima. Nace entonces, en él una gran simpatía para esta mujer que ha sido la Madre de Jesús. En efecto: si miramos a María, libres de prejuicios, veremos que Ella es *“aquella mujer vestida de sol”* que nos presenta el Apocalipsis. Entonces, Protestantes y Católicos nos miraremos con simpatía, orgullosos de nuestra madre común. Roger Schutz es todo un ejemplo de lo que decimos. Afirmaba: “Mi verdadera identidad cristiana la he encontrado cuando reconcilié la fe de mis orígenes (protestantes) con el misterio de la fe católica, sin romper la comunión con nadie”.

Dios nos aventaja a todos en el amor y nadie ama a María más que su propio Hijo. Jesús nos puede decir: “Yo amo a mi madre y quiero que todos mis discípulos la amen”.

El amor de Dios, manifestado en Cristo es el lugar donde todos los cristianos podemos encontrarnos y reconocernos y acogernos como hermanos. Este amor ha sido confiado a una mujer de nuestra misma estirpe: María y de Ella nació quien para nosotros es el Señor Jesús.

María,

Tú has acogido a Jesús,

Lo has llevado,

Lo has entregado,

Lo has presentado,

Lo has buscado.

Tú has sido para Él

La mujer de la fe,
La mujer de corazón,
El seno que lo acogió y protegió.
Tu as sido para Él
Tiempo,
Inteligencia,
Madre,
Educadora,
Abierta a su misterio,
Abierta a su cruz,
Miembro y madre de su Iglesia.

Tú hiciste de Él:
Tu centro,
Tu tesoro,
La vida de tu vida,
Tu hijo amado
Tu único Señor.
Fue para ti tu Dios,
En nuestra frágil carne.

Toma mi fe

Virgen de la Anunciación,

Acoge mi sí
Como respuesta a la llamada del Señor;
Acógelo entre tu SÍ.
Pues sabes que, apenas, se decir mi sí,
Frágil y parcial,
Dado, y recogido.

Haz que la alegría y la esperanza
Que llevaste a Isabel
Canten todavía el Magnificat
En el umbral de mi casa.

Que como tú, sea ante todo,
Un misionero en camino,
Pobre en medios y rico en tu Hijo,
Que hacía saltar de gozo
A los hijos del reino.

Tú, la sierva llena de amor,
Haz que sea humilde y fiel en el servicio,
Hasta la cruz.

Y que me deje salvar por tu Hijo,
Qué Él sea mi sabiduría y mi justicia,
Mi santidad y mi libertad.

Guárdame por el camino

Que lleva a la fiesta del amor.

María, “feliz “ tú por haber creído,

haznos entrar en la beatitud de tu fe.

Que el Espíritu y la Iglesia puedan decir de nosotros :.

« ¡Feliz, feliz tú, que has creído!